
ESPAÑOL
VAQUEROS DE FOSO DEL DIABLO
TRIG
USA TODAY BESTSELLING AUTORA
VANESSA VALE


ESPAÑOL
VAQUEROS DE FOSO DEL DIABLO
TRIG
USA TODAY BESTSELLING AUTORA
VANESSA VALE



TRIG

VAQUEROS DE FOSO DEL DIABLO

LIBRO 1

VANESSA VALE



Derechos de Autor © 2025 por Vanessa Vale

Vanessa Vale® es una Marca Registrada de Bridger Media.

Este trabajo es pura ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora y usados con fines ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas, empresas y compañías, eventos o lugares es total coincidencia.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro deberá ser reproducido de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y retiro de información sin el consentimiento de la autora, a excepción del uso de citas breves en una revisión del libro.

Diseño de la Portada: Bridger Media

Imagen de la Portada: Deposit Photos: sutulastock, Malchev

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Contenido extra
¡Recibe un libro gratis!
Todos los libros de Vanessa Vale en español
Acerca de la autora

¡El Oeste se ha vuelto más acalorado! Conoce a los vaqueros de Foso del Diablo de Montana, y a la vez disfruta de una apasionada historia de amor instantáneo.

Soy un campeón de rodeo. Me desvivo por los ocho segundos de jaleo montando un toro cabreado. Ahora vivo por *ella*, a quien salvé de una tormenta de nieve en Montana.
Atrapados los dos, la hice mía.
Cuando el peligro llama a mi puerta, protejo lo que es mío.
Pero ¿cómo proteger a la mujer que amo si no sé quién es realmente?

1



ELLIE

Creía que morir sería mejor que casarme con Conrad Trout, pero quizá me equivocaba. Quería escapar de sus perversas garras y los planes que tenía para mí —lo pintaba como un villano de telenovela — y, al mismo tiempo, de los de mi padre. Últimamente había sido tan tonta, tan ingenua en tantas cosas, como haber subestimado la intensidad de esta tormenta y la distancia de la luz que había visto desde mi coche averiado. También mi capacidad para mantenerme a salvo.

Era muy probable que no sobreviviera la noche. Ni siquiera una hora más. No sentía los dedos de los pies, ni los de las manos, ni las mejillas.

La nieve había arreciado hasta el punto de que ya no podía ver la luz de la casa hacia la que caminaba. No estaba nada preparada para la intemperie. Cuando me fui en el coche de la criada, no pensé

que la nevada que se avecinaba se convertiría en la tormenta del siglo.

Al darme la vuelta, ya no pude ver el coche. Joder. No tuve más remedio que seguir y tratar de llegar a la casa para ampararme. No había pasado ningún coche en la hora transcurrida desde que el mío se detuvo. Sin gasolina no tenía calefacción. Me congelaría si me quedaba ahí dentro toda la noche. Seca sí, pero muerta. Y el lugar que había vislumbrado era un refugio real, que me mantendría caliente y a salvo hasta que la tormenta amainara. Entonces salí del coche y empecé a caminar. Debía de llevar solo unos minutos que se sentían como horas. Había por lo menos medio metro de nieve en el suelo, que se acumulaba demasiado rápido. La noche era tan oscura y la ventisca tan fuerte que me sentía como si me hubieran metido en una bola de nieve en movimiento. ¿O eran los escalofríos de mi cuerpo los que me sacudían así?

Con los brazos cruzados en el pecho incliné la cabeza hacia abajo y la nieve se me coló por la nuca. Cuando eché un vistazo atrás, supe que no podía volver. Las huellas de mis pisadas desaparecían rápidamente y si me devolvía al coche, ahora mojada y helada, seguiría varada. Me sacudí la nieve del rostro. Tenía que continuar y esperar a que ocurriera un milagro. La verdad, no me quería morir, simplemente no quería ser la señora de Conrad Trout.

2



TRIG

—Esta tormenta parece que va a ser una de las grandes —dije, mirando la nieve desde el parabrisas. Por la velocidad a la que caía y se adhería a él, el meteorólogo debía de haberse quedado corto con esta tormenta de primavera.

—Desde luego que sí —respondió mi amigo Beau.

Mientras yo llevaba puesto mi sombrero de vaquero, él se cambió el suyo por un gorrito de lana grueso. Con toda la nieve que había en la carretera, conducía la camioneta a una velocidad lenta y constante y no planeaba frenar, solo soltaba el acelerador y dejaba que el coche avanzara solo. Si bien nos ganábamos la vida montando toros, no significaba que fuéramos estúpidos. Lo último que necesitábamos era quedarnos atascados en uno de los enormes montículos de nieve. En el peor de los casos, llamaríamos a alguno de mis hermanos para que nos echase una mano.

Íbamos por una carretera que bordeaba el lado este del rancho de mi familia y no había más coches. Éramos nosotros, la carretera y toneladas de nieve.

—Menos mal que voy hacia el sur. —Se pasó la mano por la barbilla pinchuda—. Creo que podré pasar después de llegar a la autopista.

Beau iba de camino a Bozeman. Foso del Diablo, el pueblito en el que yo vivía, quedaba de paso —si contaba como tal cuarenta y cinco kilómetros en autopista—, y me había recogido para cenar en Sip N' Serv, el restaurante local.

Por lo que se decía en los informes meteorológicos de la radio, no parecía que el clima fuera a mejorar en breve. Pero no importaba. La Madre Naturaleza hacía lo suyo y nosotros nos adaptábamos. Abril en Montana no era para débiles: un día hacía calor y al siguiente caía un metro de nieve.

Había empezado a nevar cuando llegamos a Foso del Diablo para cenar, pero se había intensificado mucho de camino a casa.

Beau bajó la barbilla para mirar en la oscuridad. No se veía nada más que la nieve cayendo bajo los faros. El terreno era llano; las carreteras rectas.

—¿Seguro que no quieres quedarte a pasar la noche aquí? —le pregunté.

—No pasa nada. Ya has escuchado el reporte, la tormenta se ha quedado en las montañas, para el sur solo habrá algunas ráfagas. Puedo… ¡Joder! —gritó de golpe. Aunque no pisó el freno, la camioneta derrapó antes de detenerse.

Bloqueando el lado derecho de la carretera había un coche blanco, con unos centímetros de nieve encima. Había sido imposible vislumbrarlo hasta que estuvimos casi encima.

Apoyé la mano en el tablero.

—¿Quién carajo se atreve a dejar un coche aquí? —preguntó Beau, cabreado.

—No creo que a posta —respondí—. Vamos a ver qué pasa.

Beau aparcó la camioneta, pero la dejó en marcha antes de salir.

El aire era gélido y el viento lo hacía aún más helado. Entrecerré los ojos para ver a través de la nieve lo único que nos alumbraba el camino con las luces de la camioneta.

Mientras caminaba con dificultad hacia el coche, me bajé el sombrero de vaquero para que el ala ancha me protegiera la cara y el cuello.

Noté que las huellas de los neumáticos traseros estaban casi cubiertas, lo que indicaba que llevaba allí un rato. Lo mismo noté en las ventanillas llenas de nieve. Con los guantes de cuero puestos, pasé la mano por la ventanilla del conductor y tiré de la manilla. Se abrió la puerta. Beau, a mi lado, también observaba el interior vacío.

Eché un vistazo a mi alrededor, pero todo era blanco.

—Este coche no ha llegado aquí solo —dijo Beau.

—Debe de haber alguien por ahí.

—No nos hemos cruzado con nadie que viniera en este sentido, así que debe de haberse ido por allá. —Señaló en la dirección en la que nos dirigíamos. Bajó la mirada y apuntó—. Se ven algunas huellas, pero están medio borradas.

Me incliné hacia el interior del coche y saqué una horquilla de pelo justo al lado de la palanca de cambios. La levanté. Joder.

—Hay una mujer allí fuera.

Apretando la mandíbula con decisión, asintió.

—Vayamos a buscarla.

3



TRIG

Nos volvimos a subir a la camioneta y seguimos avanzando lentamente. La mujer debía de estar en la carretera porque durante el invierno las quitanieves habían acumulado montículos de nieve a cada lado. Un minuto después, una sombra oscura se asomó entre la nieve.

—¡Allá! —señalé a medida que Beau desaceleraba.

Ya me había bajado de la camioneta antes de que él se detuviese por completo.

En segundos, me encontré frente a ella. Vestía leotardos negros con botas, un abrigo acolchado y un gorrito tejido con un pompón arriba. Tenía las manos metidas en los bolsillos y la cabeza a gachas. Iba perfectamente vestida para ir a una tienda en invierno, no para caminar en una ventisca.

¿Qué demonios hacía afuera, así? Si había una mujer pidiendo a gritos unas buenas nalgadas, esa era ella.

Se movía a paso de caracol, a punto de convertirse en la mujer estatua de nieve.

—Hola, cariño —dije alzando la voz por encima del viento.

No me miró.

Puse las manos en sus brazos y me agaché para mirarla a los ojos. No pude evitar sentir los escalofríos que sacudían su cuerpo.

Esos ojos claros se levantaron y se encontraron con los míos. Se agrandaron con sorpresa.

—Eres un vaquero.

No fue lo que esperaba que dijera, pero me sacó una sonrisa.

—Claro que sí. —Le hice un gesto tocando la punta de mi sombrero de vaquero. —El cinturón con hebilla lo confirma.

No dijo nada más, solo se quedó mirándome a los ojos fijamente mientras la nieve nos caía encima. Levantó la mano como si no pudiera creer mis palabras y me tocó la barba con los dedos. De repente ya no hacía tanto frío. La nieve podría habérseme derretido encima con lo caliente que me sentía solo con mirarla.

Ojos azules y separados, cara redonda, nariz respingona, mejillas ruborizadas. Tenía las pestañas oscuras llenas de hielo y los labios carnosos mostraban un color preocupante, quizás azulado, pero estaba demasiado oscuro para distinguirlo. Sus dedos contra mi piel se sintieron jodidamente fríos; entonces me di cuenta de que no traía guantes. Maldición.

—Hace demasiado frío como para que un vaquero se quede afuera con este clima. ¿Te quieres portar bien y venir a sentarte conmigo frente a la fogata con unas mantas calentitas? Solo tú y yo. —Ella seguía mirándome fijamente, pero ¿me estaba viendo siquiera? No se movía, solo se congelaba cada vez más. Si tenía que convencerla, lo haría. Joder, si no aceptaba en los próximos segundos, me la iba a echar al hombro para cargarla.

—Tengo frío —dijo con una voz suavecita que casi que me llegó arrastrada por el viento.

Dos palabras.

Dos palabras temblorosas bastaron para que fuera mía.

Fue como si ella supiera que la cuidaría porque en cuestión de segundos se rindió y cedió.

—Joder —murmuré al sujetarla antes de que aterrizara en la nieve. Mi instinto protector cobró vida cuando la recogí en brazos y la acerqué a mi pecho. Pesaba menos que un ternerito en una competencia de lazo. Me di vuelta en sentido hacia la camioneta sin siquiera sentir los copos helados de nieve que me golpeaban en la cara. La barba seguro que ayudaba en tales momentos.

Beau se acercó a mi lado con los ojos muy abiertos.

—Joder. ¿La conoces?

A pesar de que viajaba por el circuito de rodeo la mayor parte del año, conocía a casi todo el mundo en esta zona; menos a ella. Joder, era la persona más preciosa que había visto en mi vida.

—No. No tengo ni idea quién es.

La habría recordado. Joder, que ya hubiese estado en mi cama, calentita y a salvo, con un anillo de compromiso en su dedo, sexualmente satisfecha, con el vientre abombado con nuestro bebé.

Era *mía.*

No tenía ni idea de por qué sentía tal feroz impulso y deseo inmediato de hacer mía a la mujer. Era una locura, aunque visceral, como si el cavernícola que llevaba dentro se estuviese dando manotazos en el pecho. Quería atarla a mí con mi lazo.

Me había lesionado la rodilla montando un toro al final de la temporada el otoño pasado. Me subieron a una ambulancia y me llevaron a urgencias, donde me hicieron pruebas que arrojaron que no necesitaba cirugía. Pasé el invierno pensando en qué hacer, ya

que otra caída similar podría dejarme con un daño permanente. Beau era un amigo del circuito desde hacía años y esta noche me escuchó con calma, mientras nos comíamos unas hamburguesas. Las opciones eran sencillas: volver a montar toros y poner en riesgo volver a subirme a una silla de montar, vivir la vida cojeando o retirarme. No había podido tomar una decisión porque la emoción era demasiada y, además, no conocía otra forma de vida. Había estado esperando una señal.

Y acababa de recibir una en forma de mujer menuda.

Beau abrió la puerta de atrás de su camioneta y me subí, sin soltarla.

—La manta está a tu lado. —Cerró la puerta de un portazo y corrió para volver al volante.

—Está empapada. Dame tu gorro —le dije.

Se lo quitó de un tirón y extendió el brazo hacia atrás para dármelo. Rápidamente, le quité a ella el gorro cubierto de nieve y le puse el de él, que estaba caliente por la temperatura de su cuerpo. Luego le quité la chaqueta helada.

—Estaba temblando, así que no está tan mal —dije, sabiendo que los temblores significaban que aún no había entrado en un estado de hipotermia severa.

Menos mal.

Acababa de encontrarla y no iba a permitir que se me muriera. Apreció cada centímetro suyo: las botas congeladas, los leotardos mojados y llenos de hielo que se amoldaban a las piernas curvilíneas, la camiseta de punto que no ocultaba el contorno de sus pechos perfectos, la piel pálida, el cabello oscuro, las mejillas tersas y los labios carnosos que le quería besar y hasta verlos alrededor de mi miembro.

Beau volvió a poner en marcha la camioneta, en esta ocasión a mayor velocidad.

—Su coche debió averiarse. Iba casi llegando a tu casa a… ¿por ayuda?

Lo dudaba, porque mi casa estaba alejada de la carretera medio kilómetro. Imposible que llegase a la puerta con toda la nieve sin limpiar que tenía acumulada por toda la entrada.

—¿Cómo se le ha ocurrido salir con este tiempo? —espeté.

Un gemidito se le escapó mientras la arropaba con la manta como una envoltura, luego la acerqué a mi cuerpo. Tan suave y exuberante como era, mi cuerpo reaccionaba a sus curvas mientras le pasaba la mano por las piernas. A mi polla no le importaba mucho que había estado a pocos minutos de morir.

Estaba helada y era casi doloroso mantenerla cerca de mi cuerpo, pero mi calor corporal se le transmitiría junto con la calefacción al nivel más alto de la camioneta. Calentarla era más importante que el dolor que pudiera sentir en los testículos.

—No habría logrado llegar a mi casa —dije, intentando no perder los estribos al pensar en lo que pudo haber sucedido si no hubiésemos pasado por allí en ese momento.

—No habría logrado recorrer ni veinte metros más —contestó Beau—. Gracias al cielo que la encontramos.

Las puntas del oscuro cabello de la mujer estaban heladas y húmedas. Le aparté un mechón de la cara. Era joven, tendría unos veinte y pocos. Hasta estando casi al borde de la muerte era bellísima.

Y estaba perdida. En peligro.

Todo instinto protector mío se despertó de golpe.

Me incliné y le murmuré al oído:

—Estás a salvo, cariño. No dejaré que nada te pase. Te lo prometo.

—Sí, está a salvo, pero ¿qué diablos hacía conduciendo por acá así? —quiso saber Beau.

Era una muy buena pregunta y la única persona que podía responderla yacía inconsciente en mis brazos.

4



ELLIE

Me froté la cara con la suave almohada, sonriendo calentita y feliz. Se me había olvidado lo que era dormir tan bien, cosa bastante extraña dado que mi padre y…

Me incorporé de un salto apartando el grueso edredón de plumas. Miré a mi alrededor y parpadeé. No era mi dormitorio en casa de mi padre. Me encontraba en el dormitorio de alguien, pero ¿de quién? ¿Del señor Trout? No. Ay, Dios, no.

Me había escapado de ellos y los planes que tenían para mí. Qué tonta fui al pensar que mi padre se preocupaba por mí, aunque fuera lo más mínimo. Tonta al pensar que un hombre querría casarse conmigo por amor. Tonta por huir en medio de una tormenta de nieve.

La pregunta era: ¿hacia dónde había huido?

Me quedé quieta, escuchando, sentada en la cama. La casa estaba en silencio. La luz del día se filtraba por los dos ventanales

del dormitorio, mientras en el exterior nevaba sin cesar. Todavía. Madre mía, ¿cuándo iba a parar?

El dormitorio estaba ordenado. Los muebles de madera eran sencillos pero de buena calidad, las paredes eran de troncos gruesos. Había tres sombreros de vaquero colgados entre los dos ventanales, dos blancos y uno negro. Debajo, en el suelo, había un par de botas bien gastadas. En una cómoda, había dos fotos enmarcadas, pero no alcancé a ver más que a unas personas sonriendo.

Seguidamente observé la enorme cama, que era tan grande como para un gigante. Me sentía diminuta sentada en medio con el edredón azul marino a la altura de la cintura. La ropa de cama era de franela a cuadros rojos, lo que me hizo pensar en si estaría en la cama de un leñador.

Claramente, era el dormitorio de un hombre.

El vaquero.

El hombre que me había salvado de una tormenta de nieve me había traído a su casa y me había acostado en su cama gigante. Bajé la mirada. También me había puesto una de sus camisetas. Era suave y estaba gastada, de color gris jaspeado, con la inscripción «Montana Bobcats» en el pecho.

Me pasé las manos por el cuerpo. No tenía ni el sujetador ni las bragas.

—Has despertado.

La voz me sobresaltó tanto que debí de haber pegado un salto de medio metro. Al lado de la puerta abierta había un hombre, el dueño de esta cama. Quizá fuera un leñador, porque ocuparía casi toda la cama. Era alto, de hombros anchos, robusto, sólido, de cabello, barba y ojos oscuro. Todo oscuro, menos su mirada que, de alguna manera, transmitía calidez cuando me sonreía.

Con una camisa de franela azul abrochada con un solo botón, unos vaqueros muy gastados con la hebilla de cinturón más grande que había visto en mi vida y unos calcetines gruesos, se veía… acogedor.

¿Acogedor? Vaya. Estaba buenísimo, simple y llanamente. Era fornido y viril, diferente a los chicos de la gran ciudad a los que estaba acostumbrada. Podrían ponerse las mismas camisas y vaqueros pero no los lucirían como él. Nunca me habían atraído. Por esa razón, cuando me habían invitado a salir un par de veces, nunca acepté.

Pero este tipo, este me aceleraba el corazón, y no solamente por que llevara puesta una camiseta suya y estuviese en su cama.

La boca se me secó conforme seguía mirándolo fijamente. El corazón me latía con fuerza en cuanto él también me miraba de la misma forma.

¿Qué era? ¿Qué era esa conexión? Era como tensión, como electricidad, o nervios. Un extraño me hacía sentir mariposas en el estómago.

—Sí —dije, y seguidamente me aclaré la garganta como si tuviese la voz ronca. Se me había olvidado qué era lo que le contestaba.

Se llevó una mano al pecho. Su gran mano tenía venas en el dorso y un puñado de vello. Madre mía, verla era como ver porno de manos. Me relamí los labios e imaginé cómo se sentirían esos dedos rozándome la piel o dentro de mí…

—Me llamo Trig Wilder —dijo con voz grave, rústica—. Mi amigo y yo te encontramos caminando en medio de una tormenta de nieve. Esta es mi casa.

Joder. Imaginaba cualquier cantidad de travesuras con él y lo único que él había hecho era salvarme. Habría hecho lo mismo por

cualquiera, ¿verdad?

¿Me encontraba en peligro aquí? ¿Me había salvado el único asesino de la zona para cortarme en trocitos?

Estaba loca. ¿Para qué iba a cobijarme y dejarme dormir primero?

Debería estar agradecida, no pensando que fuera un asesino. Recordaba haber salido del coche de Nora, el frío que hacía y cómo había quedado tan rápidamente atrapada en el temporal.

—Me acuerdo de tu sombrero, pero no mucho más —admití.

Arqueó las cejas oscuras. Se llevó la mano a la cabeza descubierta y se pasó los dedos por los espesos rizos oscuros.

—¿No recuerdas haber salido a la intemperie en la tormenta?

—Sí, claro. —Asentí, luego sacudí la cabeza. Mis dedos jugueteaban con el edredón—. Eso sí, pero no recuerdo haber venido aquí ni haberme acostado en tu cama. Eh… ¿qué ha pasado con mi ropa?

Entró al dormitorio y se metió los pulgares en los bolsillos de sus vaqueros de tiro bajo. De repente se veía más grande, casi imponente. Yo debía de llegarle al hombro.

—Tus prendas estaban heladas, mojadas. Tuve que quitártelas.

Sentí como si el dormitorio se quedara sin aire mientras lo miraba, porque sus ojos oscuros seguían clavados en mí, concentrados, recorriendo mi rostro y más abajo, como si recordase lo que vio de mí cuando me las quitó.

Sentí el rubor en mis mejillas bajo su mirada escrutadora.

—Te encontramos cuando volvíamos a casa después de cenar en el pueblo. Te desmayaste en mis brazos. ¿Por qué saliste del coche?

No parecía enfadado, pero sí molesto, como si yo hubiera hecho algo malo.

Aparté la mirada, sintiéndome, una vez más, estúpida. Tal vez lo era. Había hecho algo malo, casi muero. ¿Pero la alternativa?

Imposible.

—Me quedé sin gasolina —expliqué.

Ladeó la cabeza.

—¿Sin gasolina? —preguntó, como si la idea fuera ridícula. ¿Cómo alguien podía quedarse sin gasolina? Esa era yo.

¿Revisé si el coche del ama de llaves tenía el tanque lleno cuando me escapé y me fui antes de que mi padre pudiera casarme con el señor Trout, ya que pagó sus deudas de apostador conmigo, en lugar de vender sus tierras? No, no lo hice.

Las mejillas se me acaloraron por la vergüenza.

—El coche no es mío y no estaba en casa… pues, tenía prisa. Además, no nevaba tanto cuando me fui.

Ahora sabía que el rancho de mi familia, que había pasado de generación en generación, no era mi hogar.

Trig se quedó callado, todavía mirándome, esperando, cosa que me resultaba un poco inquietante. Parecía tener una gran calma y paciencia.

Recordé que había llegado un mensaje al móvil del señor Trout cuando iba conduciendo.

> Te voy a encontrar. Haré que pagues por este numerito. Si vas a un hotel, haré que el gerente pague por darte una habitación. Si vas con un amigo, haré que pague por darte cobijo. Eres mía.

Sus palabras me habían motivado a seguir. Ese tono. Esa maldad… Pero el coche me había fallado y se detuvo, como le dije a Trig. El coche murió.

—Vi una luz y me pareció que era una casa o al menos un refugio —agregué, esperando que no me viera como una tonta—.

Me hubiese congelado si me quedaba en el coche.

—Te habrías congelado si no hubiéramos pasado por allí, cariño —añadió, pasándose una mano por la nuca, como si la idea le molestara.

Asentí, consciente de que había estado muy cerca de morir, en mi prisa por alejarme de mi padre, de quien pensé que, por una vez en su vida, me quería. Bueno, me quería, pero no por las ingenuas razones que yo pensaba cuando dejé la universidad y vine a Montana.

—Tienes razón. —Lo miré a los ojos—. Gracias por salvarme.

—Dijiste que tenías prisa. ¿Tienes que llegar a algún lugar? —Se sentó junto a mi cadera y el colchón se hundió bajo su peso.

Tan cerca como estaba de él, podía olerlo. Olía a menta, al detergente de ropa y probablemente a feromonas, porque no podía apartar la mirada. Tenía una pequeña cicatriz que le dividía la ceja derecha y unos labios carnosos y besables, incluso con esa expresión de desdén que tenía ahora.

¿Que si tenía que llegar a algún lugar? Tenía que estar en cualquier sitio, menos en casa de mi padre, preferiblemente a kilómetros de distancia o en otro estado. No tenía ni idea de qué iba a hacer en adelante. No venía a Montana desde hacía más de trece años. Durante *trece años*, mi padre no había querido saber nada de mí. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía ocho años y mi madre me llevó con ella a Seattle para empezar de cero.

No volví a saber nada de él hasta unas semanas atrás. Con el tiempo, mi madre me había contado muchas cosas horribles sobre él, pero como ella era una alcohólica manipuladora, nunca le di mucho valor a sus palabras. Hasta cuando volví la semana pasada, que descubrí, por una vez, que ella tenía razón. Además de que era un fumador empedernido y un gran bebedor de whisky, Lance Mann

era un imbécil. Un capullo a quien no le importaba un rábano mi persona. Joder, hasta me llamó Ellen, que no era mi nombre.

En poco tiempo me di cuenta de que tenía compinches por todo el pueblo, incluyendo al señor Trout. Yo no era más que un peón, una ficha lanzada en una partida de póquer que mi padre ya había perdido. Había tenido que lidiar con todos los novios de mierda de mi madre. Los manitas. Los que me miraban de una manera rara cuando era tan chica que ni entendía lo que significaba. Un desfile de hombres, que comenzó cuando tenía nueve años y solo terminó cuando me mudé para ir a la universidad, donde pasaba muchísimo tiempo en la biblioteca pública leyendo y estudiando, lejos de casa y de mi madre, de los hombres, de las fiestas, de la bebida y las drogas.

—Iba de regreso a Seattle —admití, aunque no tenía ningún destino en mente cuando me escapé—. Vivo allá.

Mi padre y el señor Trout me buscarían allí, pero esa ciudad era el único lugar que conocía.

Trig arqueó las cejas oscuras.

—¿Seattle? Es lejísimo. ¿No podías esperar a que pasara la tormenta?

Me encogí de hombros y le dije la verdad.

—No sabía que iba a ser tan fuerte. Sé que debes pensar que soy una tonta.

Extendió la mano, me metió un mechón de pelo detrás de la oreja y me mordí el labio para no gimotear. Para no jadear. Levanté la mirada hasta la suya. Las mejillas me ardían.

El contacto fue suave como una caricia, aunque lo sentí hasta en los dedos de los pies. Y en los pezones. Y en el estremecimiento entre mis piernas.

Contuve el aliento y capté su aroma a limpio. Olía a jabón y a hombre. El corazón se me empezó a acelerar. Las yemas de sus dedos eran rústicas, pero amables y cálidas. Sin pensarlo, ladeé la cabeza hacia la caricia.

—Más bien, imprudente. —No me había soltado el mechón de pelo, lo rozaba entre sus dedos, con los ojos puestos en ello—. ¿Me dirás tu nombre?

Mi nombre. Joder.

Había dormido en su cama, pero no conocía a Trig Wilder. Nunca había escuchado de él. Era de la zona y probablemente conociera a mi padre. Así eran las comunidades rurales. Por lo que podía ver en su dormitorio, tenía una casa bonita: muebles bien hechos, ropa de cama gruesa, calefacción, ventanas sin grietas, suelos de madera brillante. Aquí había dinero. ¿Sería miembro de las partidas mensuales de póquer de altas apuestas? ¿Sería amigo de mi padre y del señor Trout? ¿Sabría del trato que habían hecho? ¿Saldar la deuda de mi padre conmigo?

Trig se veía muy amable para ser uno de ellos. La forma en que me miraba la sentía en todas partes. Era completamente distinto a las miradas asquerosas de los novios de mi madre. Distinto de las miradas lascivas del señor Trout.

El señor Trout me había dejado bien claro que no tenía otra opción.

Te casarás conmigo —había dicho, apretándome cruelmente la muñeca—*. Tu padre me deberá medio millón de dólares si no lo haces. No puede ayudarte. Nadie puede. Si vas con la policía, te traerán para acá. Le pides ayuda a alguien que no conozco, haré que pague. Y tú también. No querrás ver lastimado a alguien que te importa, ¿verdad? Porque va a ser absolutamente culpa tuya.* —Recorrió mi cuerpo con su mirada e intenté no vomitar. Ni siquiera el

novio de mi madre, uno que jugaba bolos y había querido meterme mano cuando yo estaba en séptimo grado, me había dado tanto miedo como él—*. Más te vale que ese coño merezca la pena. Si no, te follaré el culo también. Joder, que igual lo haré. Te voy a hacer gritar.*

Luché con él y sonrió.

Pelea. Me gusta más así.

Dos horas más tarde, hui.

Había insinuado que tenía a la policía en el bolsillo. Si le pedía ayuda a un amigo, le haría daño. No tenía la intención de terminar en la casa de Trig, menos en su cama, pero allí estaba. Deseaba que fuese un buen hombre, pero como no podía confiar en nadie, le mentí.

—Ellie Raintree —dije, dándole el apodo por el que me llamaban mis amigos en Seattle y el apellido de soltera de mi madre.

Bajó la mano y sus ojos me miraron otra vez. Sonrió.

—Ellie. Un nombre bonito para la chica más hermosa.

Tan cerca, su perfección era más evidente. Ojos color chocolate, una barba que quería tocarle, labios que quería besarle. ¡Era un desconocido! Un desconocido que me había puesto una de sus camisetas y nada más. Que debía de haberme visto desnuda. Las mejillas me ardieron todavía más.

No era mojigata, pero no tenía mucha experiencia con los hombres. Menos despertándome en la cama de uno con nada más que una camiseta, ni quedándome atrapada en una tormenta o sintiéndome tan intensamente atraída.

—Ellie, ¿necesitas llamar a alguien para decirle dónde estás? No he sacado nada de tus cosas del coche, pero tengo un teléfono que puedes usar.

Abrí mucho los ojos, sintiendo el mismo pánico que ayer por la noche. Ni loca iba a llamar a nadie, menos con su teléfono. El mío lo había tirado a una montaña de nieve cuando me bajé del coche, pues no quería tocar el dispositivo que contenía los mensajes del señor Trout.

Trig me estudió durante unos incómodos segundos y luego dijo:

—La nevada no va a amainar pronto. Puede que haya que esperar uno o dos días para que se despeje lo necesario para que puedas seguir tu camino a Seattle. Parece que te vas a quedar aquí conmigo.

¿Unos días con Trig? ¿Por qué me entusiasmaba esa idea? Me sentía segura, al menos por un tiempo. Pero ¿Trig? ¿Lo pondría en peligro si me quedaba?

Aunque, si yo no podía salir, el señor Trout y mi padre tampoco.

5



TRIG

Anoche, Ellie no se había despertado de camino a mi casa. Después de cerrar la puerta detrás de mí y de Beau, la senté en mi sofá y rápidamente comencé a quitarle las capas heladas de ropa que la cubrían, pero cuando sus botas quedaron en el suelo y pasé al dobladillo de su camisa, me detuve.

Miré a Beau, quien se había quedado en casa antes y sabía dónde encontrar toallas y una manta en el cuarto de lavado. Luego volvió y se arrodilló en el suelo a mi lado.

—¿Qué dices? —preguntó, confundido porque me había detenido. Beau, dos años menor, tenía el cabello negro azabache revuelto tras haberse quitado el gorro y una barbita de chivo que provocaba que todo el mundo le dijera que se parecía a un famoso cantante de *country.*

—Ni de coña vas a ver lo que es mío —le dije.

Me miró a mí primero, luego a la mujer inconsciente y después volvió a mirarme.

—¿Tuyo? —preguntó desconcertado.

Una oscura emoción me recorría el cuerpo. Una posesión, feroz y potente, mientras la miraba. Ni de casualidad mi amigo iba a verla desnuda.

—Sí, es *mía*.

Los ojos de Beau se abrieron con sorpresa al comprenderlo, y luego una lenta sonrisa se extendió por su rostro. Levantó las manos, así que supe que no iba a tocarla, probablemente en respuesta a mi gruñido de perro guardián.

—¿Así sin más?

Eso fue lo que mis padres dijeron que les había pasado a ellos cuando se conocieron en la boda de un amigo que tenían en común. Al terminar la recepción, sabían que también iban a tener una. Y la tuvieron, poco menos de seis semanas más tarde. Me estaban esperando a mí un mes después.

Asentí con la cabeza, pues a pesar de que mis hermanos y yo les creíamos, no nos había sucedido. Ninguno de los nueve había encontrado a su persona favorita. Hasta ese momento.

—Así sin más.

Beau exhaló y se rio.

—Joder, Trig. Pero qué… bien. Está muy bien. Supongo que ya has tomado una decisión con respecto a volver al circuito, ¿no?

La temporada de competición se acercaba rápidamente, aunque no lo pareciera, con la tormenta de nieve que estábamos sufriendo, y ya casi era hora de irse de Foso del Diablo para volver al ruedo. Los patrocinadores tenían expectativas en mí, aunque tuviese una rodilla lesionada. Habíamos hablado al respecto durante la cena.

Pero tenía razón. Todo había cambiado. La respuesta era clara. Mi elección era obvia: ella.

—No lo haré —le dije—. Si vamos a formar una familia, mis días en el rodeo han terminado.

Los ojos casi se le salieron de las órbitas.

—¿Familia? Ni siquiera sabes cómo se llama.

Me encogí de hombros.

Miró a la mujer inconsciente.

—Vale. ¿Seguro que puedes con ella? Está bastante hipotérmica. Puedo quedarme si me necesitas y…

—Podré con ella —dije, recogiendo una de las toallas y secándole el cabello mojado y helado—. Vete de aquí, antes de que tengamos que salir a rescatarte a ti también.

Volvió a mirarla brevemente. Aunque no vi ni una pizca de interés en sus ojos, quise arrancárselos. ¿Y si ella lo veía y lo prefería a él? Ya me había pasado en el circuito. En una noche de fiesta, no tenía oportunidad alguna al lado de Beau. Yo tenía dinero, una casa y podía mantenerla, pero yo era mucho mayor que quien fuera aquella chica. Debía de llevarle mínimo diez años. Mis hermanos menores, Shep y Zeb, estaban más cerca de su edad.

Al diablo con Shep y Zeb. Y con Beau, que miraba lo hermosa que ella era, cuán perfecta. Ninguno se iba a quedar con esta mujer. Me sentía demasiado posesivo y Beau se daba cuenta.

—Vale, vale —dijo—. Estaré en Bozeman, pero si necesitas que regrese…

Se puso en pie.

—Gracias —le dije. Y lo decía en serio—. No hará falta. Mi familia puede llegar aquí enseguida en moto de nieve si es necesario.

—Es cierto. ¿Cuántos Wilder son? ¿Ocho?

—Nueve.

Silbó y me dio una palmada en el hombro antes de marcharse.

—Debe ser maravilloso. Yo solo tengo a Cammie y tiene la misma edad que tu hermano menor.

—Zeb.

—Exacto. Si todos sois así, entonces que no se le acerque a ella. —Sonrió, sabiendo que estaba bromeando. Quizás—. Aunque te echaré de menos en el circuito este año, me alegro mucho por ti. Mañana te llamo.

Siempre supe que quería dedicarme al rodeo. Empecé a montar ovejas cuando tenía cinco años y ahí empezó todo. Cuando terminé el instituto, me hice profesional y desde entonces viajaba por todo el país para competir. Sin embargo, en lugar de encontrar a mi mujer en cualquier sitio remoto al que iba, la encontré en una tormenta de nieve justo enfrente de mi casa. Por fin, joder.

Sin quitarle una prenda más, la cogí en brazos y la llevé a la planta alta, a mi dormitorio. Solo cuando estuvo en mi cama, le quité la ropa mojada. Mientras lo hacía, me fue imposible no mirar sus tetas llenas, sus suaves curvas, su sexo perfecto.

Me sentí un poco imbécil, ya que solo tocaba a mujeres dispuestas y conscientes. Pero esta joven misteriosa era *mi mujer* y tenía que cuidarla. Joder, mantenerla con vida. Quitarle la ropa mojada no era una opción, era una necesidad si estaba hipotérmica. A la mierda la modestia. No tenía nada de qué avergonzarse conmigo. Sin embargo, quería verla por primera vez cuando se me ofreciera cual regalo. Regalo que iba a poder abrir y saborear.

Luego de ponerle una de mis camisetas, la metí debajo de las sábanas, me despojé de todas mis prendas, menos los calzoncillos, y me acosté a su lado.

—Joder —murmuré. ¡Estaba tan helada! En mis brazos y envuelta en sábanas de franela y un edredón de plumas, empezó a entrar en

calor rápidamente. Al rato, ya se sentía cálida en mis brazos. Ella no lo sabía, pero durmió a mi lado hasta el amanecer, cuando me aparté de la cama y de la tentación de su cuerpo.

A partir de ese momento, no vestiría nada en mi cama —*nuestra* cama—, así que la camiseta que traía puesta era una consideración muy caballerosa de mi parte hasta que me diera el privilegio de su cuerpo, lo cual ocurriría muy pronto.

Una vez despierta, yo ya había preparado el café y había traído leños del porche trasero para mantener encendido el fuego de la chimenea. Mi cabaña permanecería agradable y acogedora. Haría lo que fuera, literalmente *cualquier cosa*, por mantener caliente a mi mujer. O por calentarla yo mismo.

Joder, era preciosa. Ojos azules, cabello negro largo que tenía despeinado por la tormenta y por acostarse con los mechones húmedos. Tenía una arruga en una de sus mejillas pálidas, ya rosada y tibia. Estaba soñolienta como si hubiese dormido estupendamente tras una buena follada.

Se me endureció la polla con solo verla con mi camiseta puesta, en mi cama. La había abrazado toda la noche, pero no la había tocado de forma carnal. Lo anhelaba y me dolían los testículos anhelando hacerlo, por descubrir cada rincón suyo toda la noche.

Pero todavía no.

A pesar de que veía el interés en sus ojos, también había recelo. No la culpaba por dudar. De hecho, tener cautela en la cama de un desconocido la hacía inteligente. Pero yo no era un peligro para ella, así que se lo dije.

—Aquí estás a salvo, Ellie. No me conoces, pero tienes que creerme cuando te digo que preferiría que me pisoteara un toro enfurecido en la plaza, antes que dejar que te pasara algo.

La tensión abandonó sus hombros.

—Vale —susurró.

Tenía tantas preguntas. ¿De dónde había venido? Ninguna persona proveniente de la interestatal se habría desviado tanto hasta terminar en Foso del Diablo, y menos en el camino de tierra frente al rancho de mi familia.

Tenía que haber estado en uno de los ranchos cercanos. Mi hermano Colt era el alguacil del condado. Podría pedirle que investigara un poco.

La nieve no iba a parar de caer hasta más tarde y llevaría tiempo limpiarla. Aparte de que casi murió de frío, no se me ocurría una situación más perfecta para conocer a mi mujer.

—¿Juegas al póquer? —preguntó.

Fruncí el ceño tras semejante pregunta inesperada.

—¿Al póquer?

Ella asintió con la cabeza.

—Con tus amigos —añadió—. Con la gente del pueblo.

Negué con la cabeza y me levanté. Debía darle espacio. Sentado a su lado, pudiendo tocarla, era demasiado tentador.

—No. Ya he apostado bastante montando toros.

Me observó durante un momento y luego debió de tomar alguna decisión, porque relajó los hombros y hasta esbozó una sonrisita.

—Vale.

Se levantó de la cama.

Vaya. Le quedaba bien mi camiseta cuando se la puse, pero estaba inconsciente. Ahora estando despierta y de pie frente a mi cama, mi polla estaba lista para romperme la cremallera de los vaqueros y llegar hasta ella. El escote era amplio y dejaba ver su delicada clavícula. El dobladillo le llegaba hasta la mitad del muslo, pero la tela gastada exponía el volumen de sus perfectas tetas y unos deliciosos pezones. Aquellas piernas exuberantes daban a

entender que el resto de su cuerpo encajarían perfectamente en mis manos grandes.

Era más excitante que la lencería más atrevida. Lo único que tendría que hacer era levantar la camiseta y allí estaría su sexo. Apostaba a que era de un color rosado precioso y sabía a miel. Se me hacía la boca agua por descubrirlo.

Mi cerebro me gritaba que la empujara hacia mi cama, me arrodillara y le comiera el coño hasta que gritara mi nombre, y luego la reclamara para que lo volviera a gritar.

Sin embargo, mi mente se centró en que casi murió de frío, en que estuve a punto de perder la oportunidad de estar con mi mujer, en que estaba viva.

—Lo primero que debería hacer es darte unos azotes por ser tan imprudente con tu seguridad —murmuré.

—¿Azo...tarme? —balbuceó, con las mejillas todavía más sonrojadas—. No he hecho nada malo.

Me apoyé en el marco de la puerta. A menos que planease saltar por la ventana, tendría que pasar por encima de mí para salir.

—¿Estás segura?

—¡Que no! —dijo, casi gritando.

—Anteriormente no eras mía, pero ahora lo eres y te vas a quedar aquí.

La boca se le abrió y cerró de golpe cual pez, lo cual le quedó hermoso. Evidentemente no estaba acostumbrada a que su hombre se preocupara por su seguridad. Eso iba a cambiar de inmediato.

—¿Tuya? —Miró a los lados como si mi dormitorio fuera una prisión fría y burda.

No pude contener la sonrisa.

—Así es.

Negó con la cabeza.

—Ni hablar. Yo no soy tuya.

—Tus pezones te contradicen. ¿Se ponen así de duros y le apuntan a cualquier hombre?

Bajó la mirada, jadeó, se cruzó de brazos rápidamente.

—Dios mío.

—No te preocupes, cielo. Me encanta saber que me deseas tanto como yo a ti. Todo esto es para ti. —Me pasé una mano por la polla que se me iba a salir de la cremallera y la acomodé.

Sus ojos siguieron el movimiento, luego se abrieron con estupor cuando pudo ver con mayor amplitud lo mucho que la deseaba. Esos gruesos centímetros eran todos suyos.

—No te preocupes, no te estoy reclamando. Todavía. Por más que quiera meterte la polla en esa bonita boca tuya, primero necesitas comer algo. ¿Tienes hambre? —le pregunté.

Aunque su cuerpo transmitía interés en que la hiciera mía, su mente no estaba del todo preparada, así que volvería a tocar el tema más tarde. Lo mismo haría con el motivo por el que no quería llamar a nadie para avisar dónde estaba. En la Montana rural, no se salía sin avisarle a alguien de planes y paradero. Joder, que siempre me sonaba el móvil con los mensajes de grupo de la familia cuando alguien iba al pueblo a comprar leche.

Por lo pronto, era momento de ocuparme de Ellie de otras maneras. Ella parpadeó tras el evidente cambio de tema. Finalmente, negó con la cabeza, pero el rugido de su estómago la delató. Sonreí cuando sus mejillas se sonrojaron de vergüenza.

—Vamos, prepararé unos huevos revueltos y unas tostadas para los dos. Apuesto a que también te apetece un café.

El entusiasmo que irradiaban sus ojos era una señal de que le gustaba la cafeína. Probablemente más de lo que le gustaba yo. Le

tendí la mano. Ella la miró, luego se miró a sí misma. No estaba lista para volver a mostrarme el contorno de sus pezones.

Fui a mi cómoda, saqué una sudadera con capucha y unos calcetines gruesos, y los dejé encima de la cama.

—Aquí tienes. Ponte esto.

—¿Dónde está mi ropa?

—En la secadora.

No tenía forma de salir con varios metros de nieve que cubrían todo, pero me tranquilizaba saber que definitivamente no iría a ningún sitio con nada más que mi sudadera con capucha y mis calcetines.

Miró la puerta del baño.

—El baño está ahí —dije, y señalé el enorme baño principal—. Hay un cepillo de dientes nuevo en el segundo cajón. Ven cuando estés lista.

En contra de mi voluntad, la dejé sola y me dirigí a la cocina para hacerle algo a Ellie… de comida.

Unos minutos más tarde, cuando se acercó, me quedé paralizado mientras sacaba el queso rallado de la nevera, mirándola fijamente. Mi sudadera le quedaba enorme, cubriéndola hasta las rodillas. Los calcetines gruesos le llegaban hasta la mitad de la pantorrilla. Solo se le veían unos centímetros de piel desnuda, pero estaba tremendamente sexy, sobre todo porque sabía que debajo no llevaba bragas ni sujetador.

Nunca le devolvería su ropa si por mí fuera, solo se pondría la mía o andaría desnuda.

Gruñí al verla. Joder, que iba a correrme en los pantalones. No había duda de que el líquido preseminal me había empapado los calzoncillos.

Ella miraba a todas partes menos a mí.

Saqué una silla.

—Toma asiento.

Así hizo y yo alcancé una taza para su café. Aproveché el momento frente a la encimera para volver a acomodarme la erección, usando la parte superior de mis vaqueros para mantenerla en su sitio. Afortunadamente, la camisa que llevaba por fuera ocultaba la punta que sobresalía por encima del cinturón.

—¿Qué hay en Seattle como para que quieras irte tan rápido? —le pregunté, colocando la taza humeante frente a ella, junto con un pequeño recipiente con crema.

Le echó un chorrito de crema y bebió un sorbo.

Diablos. Tal vez no fuera un qué sino un quién. No había pensado en que ya pudiese tener pareja. No tenía anillo en el dedo, pero era tan guapa que probablemente todo tipo de cabrones la acosaban.

—¿Novio? —pregunté entre dientes.

Ella negó con la cabeza.

—No. Voy a la universidad allá.

Me había preparado mentalmente para ir hasta la costa solo para decirle a ese cabrón que había perdido su oportunidad con Ellie y que era mía, no para que fuera estudiante.

Vaya, se veía joven, pero ¿cómo de joven? Yo tenía treinta y cuatro y no me molestaba que fuera más chica. Pero necesitaba que fuese mayor de edad.

—¿A la universidad? —pregunté de forma neutral.

—Soy estudiante de tercer año de contabilidad.

Ah, vale. Debía ser más inteligente que mis hermanos y yo juntos.

—Impresionante —dije, volviendo a la tarea de preparar el desayuno. Eso también significaba que debía de tener unos… ¿veintiuno? ¿Qué demonios sabía yo de contar más allá de ocho

segundos? Me salté la universidad y fui directo al circuito de rodeo profesional en el que literalmente me balanceaba encima del lomo de un toro embravecido. Una estupidez.

Se encogió de hombros y bebió un sorbo de su café.

—Si estudias allá, ¿qué te trajo a Foso del Diablo?

Se le abrieron mucho los ojos.

—¿Todavía estamos en Foso del Diablo?

Arqueé una ceja.

—¿Todavía?

Conocía el pueblo y el uso de la palabra «todavía» significaba que había salido de aquí.

Se mordió el labio.

—Vi una señal cuando iba… eh, conduciendo, y creí que había avanzado más en la nieve.

—No. Sigues en Foso del Diablo. Estás en territorio de mi familia: en el Rancho Wilder.

Miró a su alrededor. Observó la cocina. Mi casa no era lujosa, pero estaba bien hecha y era de tamaño suficiente para la familia que esperaba formar algún día. Ahora que la mujer a la que le iba a sembrar mis bebés se hallaba sentada a la mesa de mi cocina, iba a suceder más temprano que tarde. Mi erección estaba deseosa de ponerse a ello.

Cuando mis pensamientos iban en una dirección, los suyos obviamente se fueron por otra.

—¿Familia? Espera. ¿Estás casado…?

Me tumbé en el asiento a su lado y le cogí la mano.

—Todavía no, cielo. Pero muy pronto, joder.

6



ELLIE

¿QUÉ COJONES?

—¿Entonces estás *comprometido*? —pregunté, apartándome de su mano. ¡Que había pasado la noche en la cama de un hombre comprometido con otra! Me había puesto su ropa y llevaba *nada más* que su ropa. Hacía pocos minutos hasta me decía que era suya.

Suya.

¡Que me iba a azotar el culo!

Me levanté de un salto, deslizando la silla de la cocina por el suelo de madera. Dios, ¿qué iba a hacer? ¿Estaba atrapada en una casa con un hombre, mientras su prometida estaba en otro lugar? Sentí vergüenza por lo que había pensado de él, por haberme fijado en lo guapo que era, en lo fuertes que eran sus manos, en lo mucho que deseaba sentir sus labios en los míos… y en otros lugares. Por haberme sorprendido al oírle mencionar los azotes, por imaginarme algo tan íntimo y carnal que me había provocado que me retorciera.

Con solo mirarle a los ojos, sentía cosas que nunca había sentido por nadie antes.

Era guapísimo. ¡Por supuesto que tenía una mujer! Debía de tener un harén.

Qué estúpida era. ¡TONTA!

Deseando a un hombre que…

—No, cariño —dijo, interrumpiendo mis pensamientos de pánico —. No estoy comprometido. No tengo una relación con ninguna mujer.

Fruncí el ceño, totalmente confundida.

—Entonces, ¿por qué…?

—Porque te estaba esperando a ti.

Pronunció las palabras con tanta sencillez que no tenían sentido.

Me llevé la mano al pecho.

—¿Qué? ¿A mí? ¿Estás loco?

Asintió y luego se puso de pie lentamente. Se hizo cada vez más alto y nuestra diferencia de estatura más que evidente. Tuve que inclinar la barbilla hacia atrás para mantener la mirada fija en sus ojos oscuros.

Tragué saliva cuando se acercó. Luego se acercó más y permaneció quieto.

—Sí, a ti. —Aquello fue como si me lanzara una piedra que me revolvió el interior—. Definitivamente no estoy loco.

—No puedes obligarme a quedarme.

¿Qué quería? ¿Retenerme? La idea de pertenecer a alguien tan… perfecto como Trig era atractiva, pero el señor Trout era peligroso. Trig no lo sabía, pero yo era una amenaza para él.

—La nieve que hay fuera dice lo contrario —contestó.

—Cuando pare —aclaré—. Debo irme… eh, no pertenezco aquí.

No me podía quedar aquí y ponerlo a él en riesgo.

—Si le das un poco de tiempo, te darás cuenta de que sí perteneces aquí —dijo con voz tranquila, aunque todo en él gritaba intensidad, virilidad—. Y tú me perteneces a mí.

Negué con la cabeza, un poco nerviosa. ¿Le creía? ¿Era sincero su interés por mí o era como los hombres que mi madre traía a casa? Tipos que me veían y se interesaban más por mí que por ella. Yo no había hecho nada, ni llevaba puesto nada especial, ni había dicho nada en esas ocasiones que pudiera darles falsas esperanzas.

Me había convertido en la prometida del señor Trout porque mi padre tenía deudas y me utilizó para pagarlas. Él ni siquiera me conocía. Ahora Trig decía que yo le pertenecía.

¿Me atrevía a creerle? ¿Me atrevía a rendirme a estos nuevos sentimientos? ¿A las mariposas en el estómago, la necesidad entre mis piernas, el deseo de que Trig me tocara, de que me empujara contra su cama y me hiciera suya?

—¿En dónde quedaron las citas? —pregunté—. El primer beso, ir a jugar bolos, ir a cenar y al cine. ¿Por qué los hombres me quieren sin saber nada de mí?

—Lo estoy intentando. ¿Y qué otros hombres? —dijo, entrecerrando los ojos.

—¡No hay otros hombres! Es que… yo tampoco sé nada de ti —respondí, queriendo que me gustara, pero con miedo de que pasara.

Se llevó la mano al pecho cubierto por la camisa de franela.

—Soy Trig Wilder, tengo treinta y cuatro años. Soy el mayor de los hermanos, campeón de monta de toros.

Se me descolgó la mandíbula. Quedé boquiabierta.

—¿Montas bestias salvajes? —le pregunté, aunque en secreto me parecía muy sexy.

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—El objetivo es no caerse —corrigió—. Nunca dije que fuera tan listo como tú.

—¿Todavía lo haces?

—Me he retirado. Mira, cariño, creo que al menos estamos de acuerdo en que no vas a ir a ningún sitio hasta que se derrita la nieve.

Tenía razón. Podíamos discutir, pero eso no iba a cambiar el clima.

—Sí —admití.

—Hasta que eso, pase eres mía. Aprovecharemos este tiempo para conocernos mejor. No puedo llevarte a jugar a los bolos, pero podemos ver películas en el sofá. Y, por supuesto, besarnos. —Alargó la mano y me echó el pelo hacia atrás.

De pronto, sonó un móvil que me sobresaltó. Trig soltó una palabrota y se alejó para levantarlo de la encimera.

—¿Sí? —preguntó, no muy emocionado por la interrupción—. Sí, ella está bien. ¿Que has hecho qué? —Suspiró y me miró con una sonrisa—. Bien. Vale. Sí. —Su mirada se desplazó hacia la ventana y la nevada—. Hasta luego. Retenlos a todos hasta entonces. Gracias.

Colgó y dejó el móvil en la encimera.

—Era mi amigo Beau. Estaba conmigo anoche cuando te encontramos. Quería saber cómo estabas.

Se acercó, me cogió de la mano y me llevó hacia la mesa. Esta vez, en lugar de sentarse a mi lado, se sentó y me colocó en su regazo.

—¡Trig! —dije, intentando levantarme—. El brazo que me pasó por la cintura me impidió moverme.

—Nos estamos conociendo —murmuró.

Me retorcí, pero sentí su dura longitud contra mi cadera y me quedé quieta. ¡Dios, era enorme! ¿Le cabía a una mujer…? ¡Era

como una anaconda!

—Mi familia ya sabe de ti —dijo—. Quieren conocerte.

Me quedé helada.

—¿Tu…familia? ¿Conocerme? —Me costó no chillar, pues me invadió el pánico.

—Tengo siete hermanos y una hermana. Mis padres viven en la casa principal, aquí, en las tierras de la familia, pero todos tenemos nuestra propia casa en el rancho o en el pueblo. Mencioné en un mensaje de grupo que estabas aquí y se corrió la voz.

Madre mía.

—¿Ocho hermanos?

Se rio.

—Para mis padres fue amor a primera vista. ¿Tienes hermanos o hermanas? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—Soy hija única.

Trig tenía diez familiares que podrían saber quién era yo, o peor aún, quién era mi padre o quién era Conrad Trout.

—Espera. ¿Les has hablado de mí? ¿Por qué lo has hecho?

Trig resopló.

—Sí. Lo hice porque eres especial y porque eres mía. Quería que lo supieran.

Ahí estaba esa palabra otra vez. Mía.

Yo supuestamente era propiedad del señor Trout. Su juguete sexual, como él me había llamado. También salió con «yegua de cría».

La diferencia era que, con Trig, no me daba asco la idea de estar con él. De hecho, me gustaba que lo dijera de forma tan posesiva. Me gustaba sentarme en su regazo. Sentir lo atraído que estaba por mí.

Había una pequeña llama de deseo que realmente quería que Trig me reclamara, que me hiciera suya, que me cuidara y protegiera.

—Y, eh… ¿van a venir? —pregunté. ¿Estaba a salvo? ¿Y si el mensaje grupal había llegado más allá de la familia Wilder? Si mi padre se enteraba, ¿podría llegar hasta aquí en medio de la tormenta a buscarme? No de inmediato, ¿cierto? Pero vendría, sin duda. Me llevarías a rastras.

—Ahora mismo, no. Saben que quiero tenerte solo para mí un rato.

Miré por la ventana y vi la nieve cayendo. Me recosté en su pecho. De momento, estaba a salvo. Mientras él y su familia no supieran quién era yo en realidad, estaría bien. Mientras me marchara en cuanto mejorara el tiempo, ellos estarían a salvo.

Trig extendió la mano, cogió mi plato y lo deslizó delante de nosotros. Me pasó el tenedor.

—Come.

Me le quedé mirando. Así de cerca, vi motas de chocolate en sus ojos oscuros y cómo me miraba los labios.

Tenía mucha hambre. No podía irme. Si Trig hubiera querido hacerme daño, ya lo habría hecho. Joder, me habría dejado morir en una pila de nieve.

Hice un último intento por levantarme de su regazo, pero luego me rendí. Exhalando, cogí el tenedor y me metí un bocado a la boca.

—Buena chica.

Buena chica.

Nunca nadie me había llamado así. Ni siquiera en los recuerdos de las pocas ocasiones que pasé con mi padre de niña. Mucho menos mi madre.

Me quedé quieta sintiendo la calidez del halago esparcirse dentro de mí. Provocó que se me acalorasen las mejillas.

—¿Te gusta eso? ¿Ser mi buena chica? —murmuró al darse cuenta.

¿Que si me gustaba? Desde luego que sí. A él le complacía algo tan trivial.

¿Por qué quería hacerlo? Pasé años intentando complacer a mi padre y nunca funcionó. Había usado el boleto que me compró y vine a Foso del Diablo esperando sus elogios y afecto.

¿Y ahora quería complacer a Trig? Pensarlo me hizo sentir necesitada y mucho más sola.

Pero ¿entonces por qué sentía felicidad, una especie de seguridad, cuando dijo esas dos palabras?

De repente me mortificaba cómo respondía a Trig, disfrutando de toda esta conversación, sentada en su regazo. Tragué saliva y bajé la mirada. Me sentía pequeña en sus brazos. Mis pies, arropados con los calcetines, ni siquiera tocaban el suelo.

Me levantó la barbilla con los dedos.

—¿Qué pasa, cariño?

—Es que… todo esto… —Negué con la cabeza, sin saber qué decir. Estaba confundida. Excitada en realidad, pero no debería estarlo. Me sentía segura, pero definitivamente debía tener cuidado con él y su familia—. Es mucho. ¡Eres un desconocido y estoy sentada en tu regazo! No debería gustarme…

Me callé antes de admitir nada más, como el hecho de que mis pezones estaban duros debajo de su gruesa sudadera o que mi coño estaba mojado. ¡Más mojado que nunca y sin bragas!

—Te puede gustar cualquier cosa que hagamos juntos. Pero, cariño, también tienes que sentir esto entre nosotros —respondió, con una voz tan suave como su contacto.

—¿Nosotros?

Asintió con la cabeza.

—Sí, tú y yo. Nosotros. ¿Te gustó dormir en mis brazos, cariño? ¿Te gusta llevar mi ropa puesta? ¿Sentarte en mi regazo? ¿Te gusta que vele por tu seguridad incluso cuando tú no lo haces? ¿Saber que tendrás el culo rojo de azotes como consecuencia si hace falta? ¿Que tus pezones son una señal de que tu cuerpo desea el mío?

Jadeé porque él *sí que sabía*. Levanté la cabeza rápidamente para mirarlo.

—¡No puedo evitarlo!

—Conmigo no puedes. —Su voz se volvió más grave—. ¿Estás mojada para mí? Tampoco puedes evitarlo si somos el uno para el otro.

—Trig —susurré en respuesta a sus rápidas preguntas. La última me hizo sonrojar. Y al resto de mi cuerpo también.

—A las chicas buenas se les moja el coño por su hombre, cariño.

Me quedé sin aliento ante su audacia. Ante lo acertado que estaba. ¿Se daba cuenta?

—¿Qué?

—Una buena chica también llega al orgasmo.

—No soy…

—¿No eres una buena chica?

Ciertamente no era mala. Nunca hacía nada malo. Nunca. No hacía nada que pudiera enfadar o molestar a nadie. Era más seguro así. Excepto lo de haberme escapado ayer por la noche. Primera vez que me rebelaba. Me había ido de casa de mi madre en cuanto recibí las llaves de mi dormitorio de estudiante de primer año. Me había ganado la beca y esa libertad. Anoche, no tuve más remedio que volver a escapar. Esta vez había mucho más en juego.

Yo había sido la que se había subido al avión en lugar de mandar a la mierda a mi padre. Pensé que eso significaba algo, que por fin ya no estaba sola.

Trig creía que yo era lista, pero en realidad era muy estúpida.

—Cariño —murmuró, recordándome que esperaba mi respuesta.

—Lo soy —admití—. O al menos lo he intentado.

—Seguro, pero te enseñaré cómo ser mi buena chica.

Dios mío. ¿Quería yo eso? ¿Hacer cosas para complacer a Trig? Sí, sí quería.

Podría olvidarme del mundo fuera de esta casa.

Trig hacía un buen trabajo con eso.

Sentada en su regazo, con su mirada oscura clavada en la mía, sentía el calor que desprendía, la intensidad, el deseo. No me habría puesto en esta situación si no estuviera interesado. Me habría dado de comer por cortesía, pero yo estaría a un lado de la mesa y él al otro. No me llamaría «buena chica».

Me deseaba.

A mí.

Era tan grande, musculoso y cálido, que me sentía segura con él. Quizás fuera una locura, pero de alguna manera sabía que no me haría daño.

Me había salvado.

Tenía muchas ganas de que me enseñara a ser su chica buena. Sentía curiosidad, hambrienta de atención. Quizás podría aprovechar este momento, esta tormenta de nieve, para llenar el vacío de la soledad, de modo que cuando me marchara, me quedaran buenos recuerdos. Habría sido deseada y atendida.

Habría sentido.

Habría sobrevivido al abandono y al desinterés de mi propia familia. Podría sobrevivir cuando esto con Trig terminara. Hasta que

ese momento llegara, podía disfrutar lo que quisiera.

—Vale —susurré.

Él interpretó ese silencioso asentimiento y me giró de modo que mi espalda quedara frente a él y yo montada sobre sus muslos.

Luego separó las rodillas muchísimo más. Eso hizo que mis piernas quedaran abiertas sin posibilidad de cerrarlas.

Vaya. Joder.

—¡Trig!

Llevé la mano al dobladillo inferior de su sudadera. Podía sentir el aire en mi coño desnudo, pero aún estaba cubierta.

—Shh —susurró, con la boca en mi oído—. Tranquila.

Me agarró suavemente la muñeca y metió mi mano en el bolsillo delantero de la sudadera.

—Mete la otra mano también.

Cuando lo hice, me elogió de nuevo. Respiré hondo y exhalé. Luego otra vez.

—Esa es mi chica buena. Ahora déjalas ahí. —Bajó los dedos al dobladillo de su sudadera y la subió lentamente por mis muslos, poniéndome la piel de gallina a su paso.

En cuestión de segundos, quedé expuesta.

—Joder, cariño. Perfecta.

7



TRIG

Cielos. Era perfecta. Tenía el coño más precioso que había visto. Una mata de vello oscuro bien prolija no podía ocultar los labios carnosos de su sexo, que eran de un rosado increíble y, aunque no eran delicados, se amoldarían a mi polla a la perfección. Más de ella, para sentir por dentro y fuera. Su clítoris no estaba oculto, sino al inicio de sus pliegues regordetes.

—¿Eres virgen, cielo? ¿Tan buena chica eres?

Se mordió el labio. Respiraba entrecortadamente, asustada, nerviosa. Asintió con la cabeza.

Joder. Ahora sí que me iba a correr en los pantalones. ¿Ese pétalo de rosa iba a ser mío? ¿Iba a ser el único hombre en tocarla?

—Vamos a cambiar eso pronto.

Cuando puse la mano en su muslo, se sobresaltó. La moví brevemente hasta sentirle el coño húmedo y caliente con la palma.

—Trig —susurró, e intentó cerrar las piernas. Abrí más los pies.

Recostó la cabeza en mi hombro y mi rostro se hundió en su cabello sedoso hasta inhalar su aroma.

—Un breve rocecito por ahora.

Negó con la cabeza.

—No debería…

—Eres mi chica buena, ¿recuerdas? Has hecho toda esta miel para mí, para que pueda deslizar mi dedo medio por aquí y…

—¡Trig! —gritó, arqueando la espalda.

Joder, estaba empapada y estrechísima. El contorno de su sexo me apretó y… apenas había metido hasta el nudillo.

—¿Te has corrido alguna vez? —le pregunté.

Asintió y se relamió los labios. Los muslos le temblaban.

—¿Con un hombre? —aclaré, con muchas ganas de sacarle los ojos a cualquier tío que la hubiese visto así, que la hubiese escuchado y sentido de esta manera.

—No —susurró.

Menos mal. ¿Era el cavernícola que llevaba dentro que estaba tan feliz con esa respuesta? ¿Era un hipócrita? Claramente yo no era virgen. Las chicas fáciles me venían bien para echar un polvo cuando era más joven y estaba excitado todo el tiempo, desesperado por meter la polla en cualquier agujero que se me presentara. Fue divertido por un tiempo, pero al final, dejó de parecerme atractivo. Quería lo que tenían mis padres: conexión, amor, ese fuego tan ardiente que les llevó a tener nueve hijos. Construyeron una vida en torno a eso en las tierras familiares.

Sabía que no iba a encontrarlo con las mujeres que frecuentaban los rodeos, así que dejé de hacerlo. Todo este tiempo había estado esperando esto, a Ellie.

Saqué el dedo de su pequeño y caliente agujero.

—¡No! —repitió, esta vez frenética. Era una criaturita deseosa una vez que se ponía en marcha.

Me metí el dedo en la boca y lo chupé para probar su sabor en mi lengua. Gemí y lo volví a llevar a su fuente. Quería que lo primero que entrara bien profundo en su coño fuera mi polla, así que lo deslice lo necesario para encontrar su punto G.

Supe en cuanto lo encontré, no solo porque la carne allí se sentía diferente, sino porque Ellie se sobresaltó. Sus manos salieron volando del bolsillo frontal de mi sudadera y me agarraron los antebrazos.

Gritó mi nombre.

Joder, sí.

Con la otra mano le estimulé el pequeño y endurecido clítoris. Entonces empezó a menear las caderas en círculos, cabalgando nada más que la punta de mi dedo.

—Muy bien —le susurré al oído, bajando la mirada, observando su cuerpo—. Fóllate con mi dedo. Muéstrame cómo goza mi buena chica.

Lo de «buena chica» la excitó de tal manera que me hizo pensar que estaba hambrienta de elogios. Era la absolución que necesitaba para hacer algo que consideraba —o que le habían enseñado— travieso, atrevido o sucio.

Ella era atrevida, tremendamente traviesa, porque la forma como se meneaba con solamente un dedo era desinhibida, salvaje. Gritó, sí, gritó de placer, y su sexo se chorreó por toda mi mano mientras alcanzaba el orgasmo. Joder, que hasta cayó al suelo debajo. Me quedé pensando en si se excitaría así si llegase más profundo.

Agotada, saciada, se desplomó contra mí irradiando calor.

La polla me dolía. Tenía las pelotas llenas.

Echando los platos a un lado, hice espacio para ella. Cerré las piernas, la levanté y la incliné de espaldas sobre la mesa.

Mi sudadera seguía amontonada en su cuerpo pero su culo con forma de melocotón estaba al descubierto ante mí. Con los pies colgando —era así de bajita—, su coño asomaba cuando movía las piernas. Le levanté una rodilla y la apoyé en la mesa junto a ella de modo que quedara bien abierta. Antes de que pudiera levantarse, la sujeté por la parte baja mientras me desabrochaba el cinturón con la otra mano.

—¿Trig? —susurró.

—Me toca a mí, cariño.

En cuestión de segundos, me acariciaba la polla mirando su culo y su coño hinchado. Aunque quería hundirme en él, sobre todo sabiendo que sería el primero, y que estaría muy estrecho, que encontraría su virginidad y la rompería, no lo hice. No iba a follarla por primera vez en la mesa de mi cocina, especialmente cuando ya no iba a durar más que un adolescente cachondo.

Me miró por encima del hombro y abrió mucho los ojos cuando vio lo que yo tenía entre las piernas. Medía veinticinco centímetros y era gruesa, con la cabeza ancha y gorda. Le iba a caber, y sabía que era tan buena que se esforzaría por metérsela toda.

Líquido preseminal brotaba de la hendidura de forma constante.

—Esto es para ti, cariño. Tú me haces esto. Pronto será tuya, cada centímetro.

Mi pulgar se deslizó hacia abajo, entre sus nalgas respingonas. Encontré su pequeño y tenso ano y lo acaricié.

—¡Trig!

Nada más pensar en dos agujeros vírgenes y en cómo pronto los haría míos hizo que me corriera. Espesos chorros salían sin cesar y

aterrizaban en su culo, por los labios de su coño abierto, por sus muslos.

—Mírate —le dije, tratando de recuperar el aliento—. Toda llena de mi semen.

Ella trató de moverse.

Empecé a untárselo por la piel.

—Marcada y mía.

Sí, era mía, joder.

8



ELLIE

No podía creer que había dejado que eso sucediera. ¿Qué demonios había sido? Desayunaba unos huevos revueltos y de repente un dedo de Trig estaba dentro de mí y yo me estaba corriendo sobre él. ¡Y luego… luego…! Dios mío. Luego me inclinó sobre la mesa de la cocina, donde él comía, me levantó la pierna y se corrió encima de mí.

No era la expresión adecuada. Eso era algo que hacían los chicos. Lo que hizo Trig fue viril y masculino, pues la polla que tenía era enorme, como el brazo de un bebé o un bate de béisbol, o un garrote. Era de mano grande, y la deslizaba por su erección centímetro a centímetro, literalmente centímetro a centímetro, para ir desde la raíz hasta la punta.

El simiente que brotó salía a borbotones y lo sentí al caer sobre mi piel, caliente y espeso. Era difícil concentrarse en mirar algo en particular, si su polla, el semen o su cara. Dios, su cara cuando llegó

al clímax. Brutal. Parecía casi enfadado, pero también como si de alguna manera estuviera tocando el cielo.

Habíamos hecho lo impensable. Vale, varias cosas inimaginables. Trig me puso el pulgar en el culo. Justo ahí, donde nadie debería tocar nunca. ¡Y me gustó! Luego me untó todo ese simiente en la piel. Tanto que era como si me hubiera pintado con él. Cuando me volvió a poner de pie, la sudadera con capucha me cayó por las piernas y él se fue a lavar las manos.

No sabía qué hacer. Tenía sus fluidos ya secos en la piel. El sexo me palpitaba, latía por el orgasmo que me había dado, y hasta me dolía por haber sido follada solo con una parte de su dedo. Y el culo… ¡me hormigueaba! Cambié el peso de un pie a otro al darme cuenta de que me había gustado. Me había gustado mucho, pero *mucho.*

No me extrañaba que mis amigas de la universidad estuvieran tan interesadas en el sexo. Nunca entendí cómo podían tener un rollo de una noche con un chico que habían conocido en una fiesta o en un bar, ni por qué se dejaban llevar por la lujuria y la atracción hasta el punto de perder el sentido común.

Ahora lo sabía. Había hecho exactamente lo mismo.

Unas palabritas, un poco de lenguaje soez, y ya me había inclinado en la mesa de la cocina para él.

¿Era una puta por abrirle las piernas a Trig así sin más? Me susurró unas palabras al oído y acto seguido, tenía su dedo en mi coño, su pulgar en mi culo, su semen en mi cuerpo.

Había perdido la cabeza. No podía quedarme aquí, como él decía. Había usado la palabra «mía». Yo no era suya. No podía serlo. Era demasiado peligroso estar aquí en Foso del Diablo. Mi padre iba a encontrarme. Me arrastraría a su rancho y me obligaría a casarme con Conrad Trout. Yo era el pago, y no había forma de que el señor

Trout me dejara ir a mí ni al dinero que mi padre le debía. Y el señor Trout había amenazado con hacerle daño a cualquiera que me ayudara.

Con Trig, había cedido a la atracción que sentíamos el uno por el otro, había dejado que me tocara y follara con los dedos. Me había corrido en su mano. Dios, cuando bajé la mirada, pude ver que había unas gotas de mi excitación en el suelo.

Las mejillas se me sonrojaron.

Había pasado de un hombre que iba a convertirme en su esposa por un trato a otro que me había rescatado de una tormenta de nieve y quería quedarse conmigo.

Si eso había sido solo la punta de su dedo, ¿cómo sería que me follara con esa enorme polla? No tenía ninguna duda de que podría morir de placer, pero ¿cómo iba a quedar Trig? Si el señor Trout cumplía su amenaza, podría matarlo.

9



TRIG

Ellie estaba demasiado callada, era obvio que la mortificaba lo que habíamos hecho. No se lo permitiría porque no habíamos hecho nada malo. Había sido la experiencia sexual más caliente de mi vida, y todavía teníamos la ropa puesta. La química entre nosotros era una locura. Si bien puede que estuviera atrapada aquí conmigo, yo no me estaba aprovechando. Las mujeres eran lo primero. Me aseguré de que estuviera bien satisfecha antes de marcarla.

Ni siquiera la follé cuando podría haberlo hecho. Cuando la tuve inclinada sobre la mesa de la cocina, podría haberme metido en ese coño virgen y haberla hecho mía de verdad. Joder, imaginarme a otros hombres cerca de su coño me daba ganas de darle puñetazos a la pared.

Claramente era muy apasionada, pero lo ocultaba bien. Ni siquiera parecía saber que existía. Quería ser una buena chica con todas sus fuerzas, pero creía que se había portado mal por dejar que

le metiera los dedos y le echara un baño de semen. Era justo lo contrario.

Tenía mucho que enseñarle sobre ella, sobre cómo serían las cosas entre nosotros.

No habría secretos ni nada que ocultar. Nada era vergonzoso. Lo que hacíamos, por muy obsceno que fuera, estaba bien. Se lo haría ver, orgasmo a orgasmo. Para que viera que yo era suyo, tanto como ella era mía para cuando se despejase la carretera.

Después de un desayuno tranquilo y un poco incómodo, ya que solo había probado un bocado antes de que la inclinara sobre la mesa, la llevé a mi enorme sofá y le pedí que eligiera una película para ver.

Al principio se acurrucó en el rincón más alejado del sofá, pero yo no quería que hubiera distancia entre nosotros. Esparcí bien las piernas en el reposapiés y Ellie se acurrucó a mi lado. Cogí una manta de lana y la eché encima de nuestras piernas. Con el fuego encendido, era sumamente cómodo.

Todo esto, vaya. ¿Mi mujer en mis brazos, saciada con los orgasmos que le había dado e instalada en mi sofá en un día nevado? Pura perfección.

—¿Qué quieres hacer con tu título? —le pregunté.

—Pues… tener algún trabajo relacionado con la contabilidad. En alguna oficina de Hacienda o en algún departamento financiero.

Tenía la cabeza recostada en mi hombro y la mano en mi pecho. Sus dedos jugaban distraídamente con los botones de mi camisa. Me había guardado la polla después de correrme, pero se me había vuelto a poner dura. No, que no, ni se me había bajado ni siquiera después de vaciarme en ella.

—No parece que te guste mucho.

Suspiró. Sentí su cálido aliento en mi piel por encima de la camisa.

—La verdad es que no.

—Entonces, ¿por qué lo estudias?

—Porque quiero un trabajo bien remunerado y estabilidad. No quiero trabajar en una cafetería toda mi vida.

—¿Eres cocinera?

—Mesera. Trabajo a tiempo completo mientras estudio.

—Eso es mucho, cariño.

Se encogió de hombros.

—Así es la vida. Me dan comida gratis cuando trabajo y queda cerca de la línea de autobús.

Parecía que la vida para ella era bastante difícil.

—Si pudieras elegir algo que quisieras estudiar, ¿qué sería? ¿Alguna vez has soñado con ser jinete de rodeo? Te imagino en el lomo de un caballo, como mi hermana Lainey.

Me miró y puso los ojos en blanco.

—Solo una idea.

Se quedó callada un rato, viendo la película. Finalmente, dijo:

—Si pudiera hacer lo que quisiera, no elegiría otra carrera. Lo dejaría. Aunque tengo una beca, no iría a la universidad.

—¿Ah, no?

Suspiró.

—No sé montar a caballo y no quiero aprender a montar toros ni nada parecido.

—Eso está bien, cariño, porque ni de coña tu bonito culito va a estar cerca de un toro.

Se rio y fue el sonido más dulce que había escuchado en mi vida.

—Quiero una familia.

Me quedé quieto, conteniendo la respiración. Cada molécula de mi cuerpo se congeló al oír sus palabras.

—¿En serio?

—Mi madre es una alcohólica que vive con una serie de novios poco fiables. Algunos han estado más interesados en mí que en ella, así que prácticamente vivía en la biblioteca. La señora Ramírez, una de las bibliotecarias, vino a mi graduación del instituto en el lugar de mi madre.

Yo no lastimaba mujeres, pero lo que me contaba de su madre me ponía a reconsiderar esa regla.

—¿Y tu padre? —le pregunté.

Exhaló.

—Mis padres se divorciaron cuando yo tenía ocho años. Mi padre no estuvo presente después. No tengo hermanos ni hermanas, así que realmente no tengo familia. Quiero tener un marido y bebés. Muchos bebés para poder colmarlos de amor.

Joder.

Mi erección palpitó ante la idea de llenarla de todos esos bebés, pero sus palabras eran desgarradoras. No quería estar sola. Quería ser amada.

¿La bibliotecaria fue a su graduación?

No sabía quiénes eran sus padres, pero no eran solo unos malditos egoístas, sino también unos idiotas por no darse cuenta de lo increíble que era Ellie. Por mi parte, tendría esa familia grande. No tenía la menor duda de que mis hermanos estarían encantados de tener otra hermana. Lainey se iba a volver loca al saber que había otra chica en la familia y moriría de felicidad al no tener que estar sola nunca más cuando se pelease con sus hermanos. Mis padres iban a adorar a Ellie.

Yo la iba a adorar, junto con todos los bebés que íbamos a comenzar a tener lo más pronto posible. Ahora que sabía que era ese su sueño, se lo volvería realidad.

—Querer eso no tiene nada de malo —dije finalmente, besándole la cabeza—. Para nada.

10



ELLIE

Me quedé dormida. Debí haberlo hecho, porque lo último que recordaba era que hablábamos de la universidad y lo mucho que la odiaba, pero que era necesaria para conseguir un buen trabajo. Después admití lo que realmente quería en la vida. Nadie me había preguntado nunca qué soñaba ser o hacer. Ni una sola vez. La señora Ramírez me había ayudado a descubrir el mejor camino hacia el éxito, que no era lo mismo que mi sueño.

Trig no se rio de la idea. No me dijo que era estúpida ni antifeminista o lo que fuera querer ser ama de casa y tener una familia grande. Cuando me escuchó y me abrazó mientras veíamos una película, me sentí segura, deseada, querida. Muy querida, porque me desperté con la cabeza de Trig entre mis muslos y posé la mano en su cabeza, con la barba que me rozaba la sensible piel. Estaba a punto de llegar al orgasmo y me desperté.

—¡Trig!

—Ahí está mi buena chica —canturreó, levantando la cabeza un poco para dedicarme una sonrisa letal.

Tenía la barba brillante y húmeda de mí.

Intenté cerrar las piernas porque nadie había estado allí, nunca. ¡Podía verlo todo! Lo sentía en la lengua…

—Trig, ¿qué estás…? ¡Dios mío!

Enredé los dedos en su espeso cabello, inmovilizándolo cuando se llevó mi clítoris a la boca y empezó a lamer con suavidad. Seguidamente, lo halé hacia mí porque se sentía de maravillas. No tenía ni idea.

Gruñó.

—No deberíamos… Esto no es… Cualquiera podría… ¿Huelo raro o…?

—Si estás hablando tanto es que no estoy haciendo un buen trabajo lamiendo este coñito apretado. —Levantó la cabeza y entrecerró los ojos. Era como si lo hubiera insultado o algo así.

—Trig, yo nunca…

—Ahora sí. Y vas a correrte porque eso es lo que tiene que hacer mi chica buena, correrse en la cara de su hombre.

—¡Ah!!

Sus manos se posaron en mis muslos y los separó más, empujándolos hacia atrás, y me lamió desde… Dios mío… Lamió desde el culo hasta el clítoris. Luego se puso manos a la obra. Me comió el coño como si estuviera hambriento.

—Podría quedarme aquí todo el puto día —gruñó.

Un dedo se unió a la fiesta y se me olvidó hasta cómo me llamaba. Mis caderas se movieron, pero no podía alejarme mucho. Trig lo controlaba todo. Cuando me corrí, arqueé la espalda y se me acalambraron los dedos de los pies. Grité porque nunca había sentido un orgasmo así, tan alucinante. Entonces ralentizó sus

lametones y chupetones, pasando a besos suaves. Solo cuando quedé sin fuerzas, jadeando, se levantó y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Joder, qué bien sabes. ¿Te gusta así, cariño?

No pude contener la sonrisa que se me esparció por el rostro.

—Dios, sí.

Fue entonces cuando oímos el motor de un coche y los ojos se me abrieron de estupor.

—Están aquí —susurré.

¡Mi padre me había encontrado! Me acomodé en el sofá, luego salté por encima del respaldo y corrí hacia la ventana. Al darme cuenta de que podrían verme, me moví hacia un lado y miré a escondidas tras la cortina color crema.

¡Dios mío, mi padre iba a llevarme a rastras y a obligarme a casarme con el señor Trout! Miré a mi alrededor, buscando un lugar donde esconderme. Ya no estaba relajada por la siesta ni por el orgasmo sorpresa.

¡Y Trig! ¡Dios, el señor Trout iba a hacerle daño!

—Tranquila, cariño —murmuró, levantando las manos en el aire como si yo estuviera blandiendo una pistola, y luego sonrió—. Claro que están aquí. ¿Por qué estás tan asustada? Es mi familia que ha traído la cena.

El corazón me latía tan fuerte que me pregunté si Trig podría oírlo.

Tragué saliva.

—¿*Tu familia*?

No era mi padre ni el señor Trout.

Me desplomé contra la pared.

—Sí. —Dio la vuelta al sofá y se dirigió hacia la ventana para asomarse. Trig no temía que lo descubrieran simplemente porque no

sabía que alguien me perseguía—. Dejó de nevar mientras dormías la siesta. El mensaje grupal decía que no se aguantaban y que todos iban a venir aquí para conocerte.

—¿Mensaje grupal?

Tenía una pregunta tras otra. Ahora que el peligro latente había pasado, me sentía sin aliento, agotada.

—Sí, así es como nos mantenemos en contacto, sobre todo con este clima. Queremos estar tranquilos y saber que todos estamos bien.

Me quedé boquiabierta.

—¿Han venido ahora? —Sacando a golpes al señor Trout de mi cabeza, me concentré en asuntos más urgentes. Le señalé la cara con el dedo—. Tú… brillas. Me tienes en todas partes. Ve a lavarte.

Negó con la cabeza y sonrió.

—Ni de coña. Quiero olerte toda la noche.

—¿Qué? —chillé—. ¡Todos lo van a saber!

—No van a saber. Ahora los dos estamos marcados, cariño.

Hablaba del semen que me había rociado encima más temprano. No me había dejado lavarlo, así que seguía ahí.

—Madre mía de mi vida. ¡Estás loco!

—Por ti.

El motor se apagó.

Comencé a dar vueltas en círculos; las medias gruesas me hicieron resbalar un poco por el suelo de madera. Me llevé la mano al pelo despeinado.

—¡No puedo dejar que la gente me vea así! No tengo pantalones. ¡No tengo ropa interior!

La mirada se le acaloró y la voz se le puso ronca.

—A mí no me molesta.

Me llevé las manos a las caderas y lo fulminé con la mirada.

—¡No voy a conocer a tus padres sin bragas!

11



TRIG

Tenía razón.

Me encantaba ver a Ellie con nada más que mi ropa, pero tendría que arrancarles los ojos a mis hermanos si la veían como yo.

La llevé al cuarto de lavandería y a la secadora. Apenas recogió sus prendas, subió corriendo las escaleras y cerró de un portazo la puerta del dormitorio. La puerta de mi dormitorio. El *nuestro*. Ellie no había entrado en los dormitorios de huéspedes. Saber que lo asociaba inconscientemente como su dormitorio también me provocó una sonrisa.

Mi familia empezó a llegar cuando me lavaba las manos. Primero fueron Cam y Lainey. Él debió de haber venido en su moto de nieve desde su casa para recogerla en la de ella.

—¿Dónde está ella? —preguntó Lainey mientras se quitaba el abrigo y lo dejaba caer azarosamente en el suelo del zaguán.

Cam sonrió mientras se quitaba su propia ropa de exteriores.

Señalé hacia arriba.

—Bajará pronto.

Lainey medía metro cincuenta y cinco, pero ninguna persona que quisiera seguir viviendo se atrevía a decirle que era delicada o pequeña. Era una chica llena de vida que montaba a caballo mejor que cualquiera de nosotros. Trabajaba aquí, en el rancho de la familia, cuando no competía como la buena jinete que era. Debido a su espíritu algo temerario, muy parecido al mío, era una suerte que tuviera tantos hermanos que la cuidaran. Se habría casado con el idiota del instituto o se habría unido a una secta si no hubiéramos amenazado a los que le caían como buitres. Aún no habíamos encontrado al indicado para ella. O que fuera lo suficientemente valiente para manejarla.

El cabello rubio se le erizó en todas las direcciones cuando se quitó el gorro. Tenía las mejillas sonrojadas por el viaje en moto de nieve.

—No puedo creer que la hayas encontrado en un temporal —dijo con voz fuerte, como de costumbre.

Alargué la mano, le tapé la boca con la mano y le susurré al oído:

—Tiene suerte de estar viva, así que baja la voz, joder —le advertí.

Cam se rio.

—Te lo dije —le dijo a Lainey.

Lainey me mordió la palma de la mano, la aparté y me la limpié en los vaqueros.

—Nunca lo había visto así —añadió Cam.

Me miré. Cuando me di cuenta de que tenía la camisa desarreglada, me dispuse a arreglarla. Por lo menos ya no tenía dura la polla. Mi familia era una excelente manera de calmarla.

—Apenas vas vestido. Dios, no me digas que está desnuda ahí arriba. ¡Acaban de conoceros! —dijo Lainey.

—No voy a hablar de mi vida sexual contigo jamás —agregué, entrecerrando los ojos.

Cogió una bolsa de tela que había dejado en el suelo al entrar.

—Vale. Entonces no voy a compartir ni una de mis galletas.

—¿De verdad quieres saber lo que hace con la polla? —le preguntó Cam con los ojos muy abiertos.

Lainey puso cara de arcadas.

—Joder, que no.

—Entonces me quedo con las galletas —le dije, y me incliné hacia ella—. Recuerda que te voy a dar una cuñada.

Abrió mucho los ojos y luego sonrió.

—Vale.

El sonido de más motos de nieve anunció la llegada de los otros.

Seguidamente entraron mamá y papá. Mientras les quitábamos los abrigos y los colgábamos, se sentaron en el banco del zaguán y se quitaron las botas. No mencionaron a Ellie, pero podía presentir su emoción.

Buck, Bray y Hayes les siguieron, venían discutiendo sobre cuál moto de nieve era más grande. Colt y Shep llegaron últimos, mientras los demás organizaban una gran cazuela en la cocina.

Colt me tomó del brazo antes de que me les acercara. No estaba de servicio, pero como alguacil, podían llamarlo en cualquier momento, sobre todo con semejante temporal, aunque la mayoría de los habitantes de Foso del Diablo sabían que era mejor no salir ni hacer ninguna tontería. Excepto Ellie. Otro recordatorio de que ella no era de por aquí.

Colt, aunque había venido a cenar, llevaba el uniforme y el cinturón con la pistola.

—Shep y yo pasaremos por el coche averiado después de cenar. —Shep era mecánico y se encargaba del único taller mecánico del pueblo—. Anota la matrícula. Mamá me ha dicho que tenía que pedir permiso antes de husmear.

Era más alto que yo, pero más delgado. Yo tenía la corpulencia necesaria para montar lomos de toro. Él tenía el físico adecuado para ser rápido. Éramos los dos que más nos parecíamos, aunque él era cinco años más joven y entre nosotros estaban Cam y Bray.

Mientras que yo era tranquilo —tenía que serlo si quería montar toros—, él era el serio. Desconfiaba de todo el mundo. Era cauteloso. Siempre analizaba todo antes.

—Debe de ser difícil contenerse —dije con una sonrisa.

Me puso la mano en el hombro.

—¿Es tu mujer?

Asentí con la cabeza y crucé los brazos sobre el pecho.

—Es genial, hermano. Estoy dispuesto a conocerla sin entrometerme, pero se ha aparecido aquí en medio de un temporal de nieve. Merece que investiguemos los antecedentes.

Arqueé una ceja.

—¿Crees que quiere mi dinero?

Mi casa era bonita, pero no una mansión. Me gustaban las cosas buenas, pero conducía una camioneta vieja. Tenía la cuenta bancaria repleta, pero no presumía. Por lo que Ellie había dicho, le costaba llegar a fin de mes y trabajaba duro para salir adelante.

Se encogió de hombros.

—No la viste, hermano —respondí de forma sombría—. Unos minutos más y hubiese muerto. ¿Por qué se arriesgaría así?

—Me has hablado de ciertas chicas muy locas.

—Fue hace mucho tiempo. Hace más de diez años. Ella no es así.

Alcé la vista hacia el techo, como si pudiera ver a través de él hasta el dormitorio principal. Entendía los nervios de Ellie por conocer a toda mi familia de golpe, pero éramos inofensivos. Por lo poco que sabía de su educación, probablemente le daba más temor algo que no comprendía: mucha gente, mucho ruido, bromas, chistes, risas, mucho amor.

—Entonces, ¿qué hacemos hablando aquí? Quiero conocerla.

Nos reunimos con los demás en la cocina, que descargaban la comida de los recipientes. Shep sacaba platos del armario. Todos se sentían como en casa aquí.

Apenas Ellie bajó las escaleras, noté su presencia, aunque llevaba calcetines gruesos que no hacían ruido.

Cuando me giré y la miré, todos hicieron lo mismo. Reinó el silencio.

Entonces, empezaron a hablar a la vez y se le echaron encima como unos buitres.

12



ELLIE

—¡Dejad que esa pobre chica respire un poco!

La voz de una mujer, que no fue tan fuerte, era sin duda una voz a la que todos obedecían.

Un hermano rubio —uno de los tantos— me abrazó con fuerza.

La hermana de Trig —supuse que era ella por su edad y por el hecho de que se parecía a varios de los hombres— estaba casi acariciándome el pelo oscuro.

El resto se quedó alrededor formando un círculo cerrado, como si yo fuera un extraterrestre que acababa de llegar en mi ovni. Me puse mis leotardos, mi camiseta y bragas, y me dejé puestos los gruesos calcetines de Trig. Quería quedarme arriba hasta que todos se marcharan, pero habría sido grosera. Yo no era así. Y ellos tenían que ser amables, ¿no?

Así que me armé de valor y bajé las escaleras. Entonces me tendieron una emboscada.

—Conseguiros una para vosotros —gruñó Trig, apartando a sus hermanos. Me rodeó los hombros con el brazo y me acercó a él.

Su posesividad infantil me hizo sonreír.

—Soy Ann Wilder —dijo una mujer de una sonrisa amable—. Él es mi marido, Charlie. Puedes llamarnos mamá y papá. Estos nueve rufianes son nuestros hijos. Parece como si nunca hubieran visto a una mujer.

—Hola —murmuré, haciéndole un gesto con la cabeza a la pareja. No eran tan mayores. Quizás rondaran los cincuenta y tantos. Mientras que Charlie tenía el cabello canoso, el de Ann era de un castaño oscuro, del mismo color que el de Trig. No podía llamarlos mamá y papá. No eran mis padres.

Trig hizo las presentaciones.

—Ella es Lainey. —Empezó por la derecha y avanzó por el círculo —. Bray, Colt, Cam, Buck, Hayes y Shep. Zeb es el único que no está aquí. Va a la universidad en Missoula.

Vaya, eran muchísimos y todos guapísimos, aunque ninguno como Trig.

Aparte de Lainey, que se parecía a su madre en cuanto al tamaño, los hombres eran un grupo tan grande que podrían formar su propia línea defensiva de fútbol americano si quisieran. Su color de piel variaba desde el oscuro, como el de Trig, hasta el claro. Todos, menos uno, tenían barba y me pregunté si sería algo típico del invierno.

Ann me cogió de la mano y me apartó de Trig.

—Hemos traído un montón de comida. Puedes ayudarme a ponerla en la encimera mientras me cuentas todo sobre ti.

Solo alcancé a mirar rápidamente a Trig mientras me llevaban al otro lado de la sala principal, a la cocina. Él me guiñó un ojo para tranquilizarme mientras me alejaba.

Me quedé junto a Ann cerca de la encimera, sin saber muy bien qué hacer. Todos se habían quitado las botas, por lo que andaban en calcetines de lana de lunares azules y blancos. Ella vestía unos pantalones negros que parecían cálidos y cómodos y un bonito jersey rojo que le llegaba por debajo de las caderas. Aunque tenía el cabello un poco revuelto, suponía que por haber llevado gorro, se veía muy cuidada y guapa. Con sus hijos ya mayores, habría pensado que estaría demacrada por el duro trabajo de criar a una prole tan numerosa. Me guardaría para mí esa suposición tan errónea.

En la encimera de granito había platos tapados, recipientes de plástico y una jarra con algo oscuro, tal vez té frío.

—Tenemos estofado de ternera —dijo, cogiendo uno de los recipientes—. Cam ha dicho que traería ensalada de patatas. Hayes siempre hace alguna gelatina. No sé qué hay en los otros recipientes.

—No sé por dónde empezar —admití, mientras observaba todas las opciones. Al igual que a todos los demás, la gran cantidad de comida me abrumaba. Sabía cocinar algo. Aunque no parecía que eso fuera lo que se esperaba de mí, pero no quería meter la pata.

Ella me miró con sus ojos azules que transmitían dulzura y amabilidad. Supuse que era porque había criado a nueve humanos y sabía mirar a alguien y analizarlo.

—Puedes encargarte de las servilletas.

Me mordí el labio para contener la sonrisa, porque Trig tenía un servilletero en el centro de la isla al lado del juego de sal y pimienta de cerámica con forma de botas de vaquero.

—Creo que puedo encargarme de eso.

—Vale. Ya entiendo por qué Trig se ha enamorado de ti, pero cuéntame algo sobre ti.

Tragué saliva. ¿Enamorado de mí?

—Eh, Trig y yo acabamos de conocernos, así que no creo que se haya enamorado de mí.

Ella me miró y se limitó a sonreír.

—He conocido a Charlie en la boda de un amigo en común y nos casamos un mes después. —Se inclinó hacia mí y me susurró—: No se lo digas a los niños, pero esa noche me quedé embarazada de Trig.

Abrí mucho los ojos.

—¿Esa noche?

Ella asintió con la cabeza, sin mostrar ni una pizca de vergüenza o incomodidad.

—Charlie me vio y con eso bastó. Fui suya en ese mismo instante.

Suya. Así, sin más. La vio y la deseó. La dejó embarazada. Todo en la misma noche.

Tal y como había dicho Trig, que sentía algo diferente entre nosotros dos, algo especial. Algo que lo ponía gruñón y mandón que lo hacía llamarme *suya.*

—Bueno, yo no estoy embarazada —balbuceé.

Cuando me di cuenta de lo que había dicho, me tapé la boca con la mano. Sentía que me ardían las mejillas.

Ann se rio mientras quitaba la tapa de un recipiente y miraba dentro, pero no me pareció que fuera por mí.

—Puedes darle unos días.

Bajé la mano y me quedé boquiabierta, pasmada. ¿*Unos días*?

—¿Es algo de familia, entonces? ¿Ese… ritmo?

—Trig es el primero en caer, y no es de extrañar que lo haya hecho igual que su padre. Estoy muy contenta, cariño.

Tenía que dejar las cosas claras porque no podía permitir que nada malo le sucediera a Trig.

—No puedo quedarme, señora Ann.

—Mamá —me corrigió.

Me aclaré la garganta. No quería llamarla mamá. Era demasiado peligroso. Parecía la madre perfecta. Seria, pero cariñosa, tranquila y dulce. Sobria. No le interesaba acostarse con cualquier hombre ni que se le metieran a la casa. ¿Bebería esta señora?

Si me encariñaba, me iba a meter en un buen lío, pues siempre había querido tener una madre de verdad. No quería que ella ni su enorme familia salieran perjudicados por mi culpa.

Hizo un gesto con la mano.

—Trig ya no montará toros ahora que tú estás aquí. Se lesionó la rodilla la temporada pasada, y sin duda tú le has ayudado a terminar de decidir que ha llegado la hora de dejar el rodeo.

Jadeé.

—No quiero ser la razón por la que lo deje.

—¿Que lo deje? Cariño, se está retirando. Y para tener una vida mejor contigo.

—Es… demasiado.

—Tienes que venir a ver todos sus trofeos y cinturones. No los tiene aquí, pero a mí me gusta presumir de ellos. Es lo que nos queda de su época como competidor, los recuerdos.

Se pavoneaba, tan orgullosa de Trig.

—Yo… es que no pertenezco aquí.

Me dio una palmadita en el brazo y me lo apretó suavemente.

—Cariño, tú perteneces donde te quieren.

Eso me dolió mucho. Quería que fuera cierto, pero significaba que no pertenecía a ningún sitio, porque mi madre se preocupaba más por el alcohol y por hombres desconocidos que por mí. Mi padre

nunca se había preocupado por mí. El señor Trout solo quería una novia joven y sumisa.

Negué con la cabeza, sabiendo que una familia tan grande y ruidosa como los Wilder no necesitaban a una renegada sin familia como yo.

—¡Deja de acapararla! —dijo Lainey al entrar a la cocina, impidiendo que Ann dijera nada más—. He esperado toda mi vida el momento en que por fin tuviese una hermana.

Ann me soltó y dio un paso atrás para que Lainey pudiera rodearme con sus brazos y darme un gran abrazo. Fue raro, ya que lo hizo desde un lado.

—Nos lo vamos a pasar muy bien —añadió Lainey—. Si es que Trig te comparte.

—Ya la estoy compartiendo —le gruñó Trig—. Ni siquiera lleva aquí un día. Si no fuera tan generoso, la tendría para mí solo durante al menos una semana.

Santo Dios.

—Eh…

—¿Podemos comer ya? Tengo hambre —dijo Bray, o eso creía yo, que era Bray, quien entró detrás de su hermana.

—Tú siempre tienes hambre —dijo Charlie dándole un suave manotazo por la cabeza.

Bray hizo una falsa mueca de dolor y se frotó la zona.

—A ver, hermanita, pregunta para ti —empezó a decir Hayes, según creía, quien metió la mano en uno de los recipientes, sacó un cubo de queso y se lo metió en la boca. Me tomó un segundo darme cuenta de que me hablaba a mí, no a Lainey. ¿Me había llamado *hermanita*?—. El puré de patatas, ¿cremoso o grumoso? —preguntó.

Todos se habían reunido en la enorme cocina de Trig y se habían colocado alrededor de la isla. Colt —o Cam— tenía la nevera abierta,

pero esperaban mi respuesta.

Miré a Trig, que me dedicó una pequeña sonrisa. Claramente amaba a su familia y su familia lo amaba a él.

—Esto es importante —añadió Hayes—. No podrá formar parte de la familia si responde mal.

Todos empezaron a gritar a la vez.

—Te echaremos de la familia como sigas así —advirtió Charlie—. La cambiaremos por ti.

Hayes me guiñó un ojo, lo que hizo que Trig le diera un golpe en la cabeza.

—Búscate una chica a la que guiñar el ojo.

—Esto… yo… —me atreví a decir. Este grupo era grande y alocado, pero eran divertidos y bromeaban conmigo. Me incluían. Me consideraban una más de ellos y me sorprendió. No sabía qué decir ni hacer para no estropearlo todo.

Así que finalmente dije:

—No cocino muy bien. A mí me encanta el puré de patatas, de la forma que sea.

Todos se quedaron en silencio por un segundo, luego estalló el caos.

Trig se acercó, me rodeó con un brazo y me atrajo hacia su pecho. Me susurró al oído:

—Buena chica.

Miré a Trig, que sonrió, y luego me besó. Habíamos hecho cositas bien traviesas como saltarnos los primeros pasos y lo que me hizo encima de la mesa de la cocina, mesa en la que Charlie esparcía platos. También me desperté en el sofá con la cabeza de Trig entre mis muslos. Me había besado el coño.

Pero nunca, todavía no, nos habíamos besado.

Posó los labios sobre los míos por primera vez en medio del caos de su enorme familia. Y me encantó. Me encantó mucho todo.

Me sentía querida y no solo por Trig, sino por toda su familia. Me conocían desde hacía diez minutos y era una de ellos.

13



ELLIE

El beso en la cocina no duró mucho. No duró casi nada, teniendo en cuenta que era nuestro primer beso. Justo después, Trig se perdió por el pasillo y me quedé pensando en si había sido para controlar su polla, que había sentido en mi vientre. Lo último que él —y yo— queríamos que viera toda su familia era su erección.

Trig no podía dejar de mirarme ni tocarme. Me mantenía cerca de él para que sus hermanos no me tocaran, pues estaban muy emocionados de verme. Era una locura.

Se marcharon en sus motos de nieve en diferentes direcciones del rancho antes de que anocheciera. Ni treinta segundos después de que se cerrara la puerta, Trig me echó encima de su hombro y subió cargándome por las escaleras.

—¡Trig! —grité, golpeándole la espalda—. ¿Qué haces?

—Te llevo a nuestro dormitorio para recordarte que eres mía, no de mis hermanos.

Me dejó caer en la cama y luego se tumbó a mi lado. Me besó. Y siguió besándome.

—No quiero besar a ninguno de tus hermanos —dije cuando su boca bajó por mi mandíbula hasta mi cuello. Incliné la cabeza para facilitarle el acceso.

Él gruñó.

—Más te vale que no.

No pude evitar reírme, pero se convirtió en un gemido cuando me subió la camiseta y me descubrió los pechos.

—Joder —murmuró, mirándome. Sus hábiles dedos bajaron hasta el broche delantero de mi sujetador y lo desabrocharon. Mis pechos eran un poco grandes para mi talla y quedaron al descubierto—. Joder.

Entonces bajó la cabeza y se metió un pezón a la boca. Lo chupó con fuerza. La barba me arañaba la delicada piel.

Arqueé la espalda. Mis dedos se posaron en su cabeza y se enredaron en su pelo.

—¡Trig! —grité.

Joder, no tenía ni idea de que mis pezones fueran tan sensibles. Su boca estimulaba un pezón mientras su rústica palma acariciaba el otro. Yo gemía, me retorcía. Gritaba el nombre de Trig. Jadeaba. No era suficiente. Era como si mi cuerpo hubiera estado dormido toda mi vida y Trig lo hubiera despertado. No había vuelta atrás. Necesitaba y ansiaba el placer que solo él parecía poder darme. Mis manos se dirigieron a la hebilla de su cinturón e intenté desabrocharlo. Era demasiado grande, demasiado complicado para mí teniéndolo todavía en mi pecho.

Se apartó con un chasquido. Tenía los labios rosados y húmedos, los ojos entrecerrados, desbordantes de pasión.

—¿Quieres meter las manos en mis vaqueros, cariño?

¿Que si quería? Me mordí el labio y asentí con la cabeza.

Ya le había visto cuando me había inclinado sobre la mesa de la cocina, pero no lo había tocado. No lo había sentido dentro de mí. No estaba segura de estar preparada para todo eso… para que su grosor y su longitud me llenaran, pero sabía que quería echarle mano en los vaqueros.

Se sentó sobre los talones y sus grandes manos se ocuparon de la hebilla.

—¿Esa hebilla es por haber estado en el rodeo? —le pregunté.

En el latón prensado de la hebilla había un caballo con un vaquero montado y el brazo levantado por encima de la cabeza. Decía «CAMPEÓN» y debajo «JINETE DE TOROS». Debía de medir lo mismo que mi mano.

Se abrió y Trig se acercó al botón de sus vaqueros y a la cremallera. Se bajó los vaqueros por las caderas.

—Madre mía de mi vida.

Aquellos calzoncillos negros no podían contenerlo todo. Al menos cinco centímetros de su miembro, más la amplia corona, le sobresalían por la parte de arriba.

Me miró, luego sonrió antes de bajarse de la cama y quitarse la ropa.

Vaya, sí. Desnudo, Trig era el hombre perfecto. Era alto y ancho, con músculos gruesos. Tenía vello oscuro en el pecho, entre los pezones planos, y se estrechaba hacia el ombligo formando una línea delgada hasta la base de su gigante polla.

Así era como tenía que llamarla. ¿Cómo podía andar con esa cosa dentro de los pantalones? ¿Y con esos testículos grandes que colgaban llenos y pesados debajo? Mi coño se mojó al contemplarlo.

Antes había mencionado que quería llenarme de bebés. Recordé todo ese semen que había derramado sobre mi piel. Me lo imaginé

corriéndose a chorros dentro de mí. No había duda de que me dejaría embarazada.

Dios mío. Quería eso. ¿Por qué deseaba tanto a ese hombre de esa manera? ¿Por qué me provocaba pensamientos locos tales como enamorarme de él la primera vez que lo vi, querer quedarme y ser suya de alguna manera, que me follara y me llenara de su semen y me dejara embarazada?

—Eres mía mientras estés aquí, ¿recuerdas? —preguntó, llevando la mano a la base de la polla y acariciándosela.

—Trig —susurré, sin atreverme a responder.

—Pórtate bien y di las palabras.

Aparté la mirada de sus caricias y la posé en sus ojos oscuros.

Debió de darse cuenta de que no sabía cuáles eran esas palabras.

—Di: *Te deseo, Trig* —dijo—. *Te necesito*.

Lo repetí.

—*Hazme tuya* —prosiguió—. *Méteme tu enorme polla. Fóllame duro y desflórame.*

Dios mío.

—Hazme… tuya. —Tragué saliva y luego dije el resto.

Puso una rodilla en la cama y me sacó los leotardos.

—Buena chica. Prepara ese coñito apretado para mí.

14



ELLIE

Y ESO HIZO. Dios mío, y de qué forma. Me desnudó y volvió a poner su boca en mi coño. Esta vez metió un dedo más profundo que nunca. Luego otro.

—¡Trig! —grité, retorciéndome en su cama mientras me llevaba al orgasmo.

Luego añadió un segundo dedo y me llevó a otro. Estaba tan mojada que podía oír la humedad.

Cuando añadió un tercer dedo, estaba sudando y tan lista para más, que le agarré del pelo y halé con fuerza. Se incorporó sobre mí con una sonrisa. Tenía la boca empapada. La barba también. Sentí su dura longitud pegada a mi muslo.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Necesitas mi polla?

Asentí.

—Sí, por favor.

Con una mano, me empujó el muslo hacia arriba y hacia atrás. La otra la colocó entre los dos y se alineó a mi entrada.

—Ya está, cariño. Esto te hace mía.

Entonces se introdujo en mí muy pero muy lentamente.

Sus ojos se mantuvieron fijos en los míos todo el tiempo.

Me moví y apreté, tratando de adaptarme a estar tan obscenamente llena y estirada.

Él siguió llenándome más y más…

—Trig.

—Ya falta la mitad, cielo.

¿*La mitad*?

Asentí, luego acabó de entrar con un empujón final.

—¡Dios santo! —gemí. Le clavé las manos en los brazos. Intenté menear las caderas, pero las tenía inmovilizadas.

—Qué chica tan buena —gruñó—. Mira qué bien me recibes.

—Tan llena —gemí. No me dolía, pero estaba incómoda. ¡No podía creer que me había cabido toda!

La sacó y volvió a introducir ayudado por mi excitación.

Abrí los ojos de par en par y él sonrió.

—¿Te gusta?

—Sí.

Lo volvió a hacer. Y otra vez hasta perderme. Cerré los ojos.

Trig me follaba tan bien que movimos la cama. Tuve que posar una mano en el cabecero para mantenerme en un solo sitio.

Bajó la mano entre nosotros y me tocó el clítoris.

Solo eso bastó, el roce de sus dedos, para correrme.

Grité. Chillé. Me apreté y retorcí con él dentro.

Una embestida tras otra y me siguió él con un fuerte gruñido.

Chorros espesos de semen me invadieron y abarrotaron.

Sonreí y abrí los ojos.

—¿Todo eso me había estado perdiendo?

Me apartó el pelo sudado hacia atrás, sin ganas de salirse de mí. Creí que a los chicos se les bajaba, pero Trig seguía duro y grueso dentro de mí.

—Con que a mi buena chica le gusta que la folle, ¿eh? —Meneó las caderas y se sintió tan bien.

Asentí con la cabeza.

—Otra vez.

15



TRIG

—Más te vale que sea algo importantísimo —espeté cuando contesté la llamada de Colt.

Recogí el móvil de la mesita de noche tras el primer tono y me levanté de la cama. Miré por encima del hombro mientras cerraba la puerta detrás de mí para que Ellie no se despertara. Dormía boca abajo, con la cara hacia mí y el oscuro cabello esparcido sobre la almohada. El grueso edredón no cubría sus hombros. Estaba desnuda debajo. Desnuda. Lo único que llevaba encima era mi semen. Todavía lo tenía en la piel desde el día anterior y ahora estaba en lo más profundo de ella o bien pegajoso en sus muslos.

La había hecho mía. Le había quitado su dulce virginidad. Había moldeado su perfecto sexo a mi miembro. Yo lo habría hecho toda la noche, pero seguramente ella sentiría cierta incomodidad después de las dos veces. Me ocuparía de ello durante la mañana cuando se despertara. Primero le besaría y lamería esa carne tierna e hinchada,

luego le daría un baño. Le follaría sus exuberantes tetas y le enseñaría a meterse parte de mi polla en la garganta. Todo antes del almuerzo si me salía con la mía.

Si todavía no estaba embarazada, me aseguraría de que lo estuviera antes de que despejaran las carreteras. La ataría a mí, le daría la familia que quería y la encerraría aquí conmigo para siempre.

Pero Colt me estaba arruinando los planes.

—Son las nueve y media —respondió Colt.

—¿Y?

—Me sorprende que Lainey no te haya llamado todavía.

—¿Para qué me iba a llamar?

—Llámala para que te enteres —contestó—. ¿Quieres saber *por qué* te llamo yo?

—Sí —dije entre dientes.

—Tengo la placa del coche de Ellie. No estaba cerrado. No había bolsa ni móvil. El tanque de gasolina estaba vacío. Saqué el registro de la guantera y está a nombre de Nora Flores. La matrícula lo confirma.

Nora Flores.

—No sé quién es —dije, rascándome la nuca en el pasillo, desnudo, con la polla dura.

—El coche fue reportado por robo ayer por la mañana.

¿Ellie se robó un coche?

—¿Qué?

—Nora Flores trabaja como ama de llaves en el Rancho Rocking M.

Fruncí el ceño.

—¿El sitio de Mann? Joder, ese tipo es un imbécil —dije frotándome la cara.

—Sí. El mismo Mann lo reportó, a pesar de que no es su coche. Dijo que se lo habían llevado de su propiedad.

—¿Para qué Ellie le iba a robar un coche a Lance Mann? ¿El verdadero nombre de Ellie es Nora?

—No. Nora mide uno setenta y cinco y pesa noventa kilos. También tiene cincuenta y cinco.

—Esa no es Ellie —murmuré. ¿Qué cojones pasaba?

—Pues ninguna es tu chica. No hay ninguna Ellie Raintree en el registro.

—Es de Seattle —le recordé—. Debe tener una matrícula de Washington.

—¿En serio? ¿Entonces dónde está? Como he dicho, no había ni una bolsa en el coche. Ni siquiera un móvil. No conozco ni a una sola mujer que no salga de casa sin esas dos cosas.

Definitivamente no las traía consigo cuando la encontré en la nieve.

—Ellie debe ser el apodo de otro nombre. Ellen o Elaine o Elizabeth.

—Tal vez. En mi cama no está. Está en la tuya. Pregúntale.

—Colt —le advertí.

—No me hagas decirte que *te lo dije*.

16



ELLIE

El ruido de una moto de nieve me despertó. Una vez más, estaba sola en la cama de Trig. Esta vez, desnuda. Esta vez, adolorida. ¡Dios, qué cosas habíamos hecho anoche! Definitivamente ya no era virgen. Moví los muslos que tenía pegajosos, y el coño lo tenía húmedo por… Dios, todo el semen de Trig.

Incluso con la puerta cerrada y el suelo de la robusta casa de Trig, pude escuchar a Lainey. Para ser una persona pequeña, hablaba muy alto. Trig conversaba con ella, pero su voz era más apagada, hasta que de repente escuché unos pasos pesados y rápidos subiendo las escaleras. Seguidamente, Lainey se calló y Trig gritó.

—¡Lainey! ¡Espera! ¡Para!

De golpe, Lainey abrió la puerta del dormitorio y solo tuve tiempo de parpadear y subirme el edredón hasta los hombros.

Me vio y sonrió.

—Si no estuviéramos hablando de la polla de mi hermano, querría saber todos los detalles obscenos de por qué pareces tan bien follada.

Trig entró justo detrás de ella y gruñó.

—Lainey.

—He venido a recoger a mi nueva hermana. Vamos a pasar un día de chicas.

—No lo harás —espetó él.

—Sí que lo haré.

Trig debía medir unos treinta centímetros más. Y estaba malhumorado. Lainey tenía las manos en las caderas, la barbilla levantada y fulminaba con la mirada a su hermano mayor.

Me mordí el labio esperando ver quién se iba a quedar conmigo…

—Ya la has tenido suficiente —discutió Lainey—. Seguramente ya figurativa y literalmente. Dale un descanso. Por favor, tío. Seguro que necesita hablar con una chica después de pasar tanto rato contigo.

Trig suspiró y ladeó la cabeza en dirección a mí. Pasaría por alto que pensara que yo era su nueva hermana, pero disfrutaría del resto. Había venido a verme para llevarme a su casa y divertirnos…

—Me apunto.

Lainey levantó el puño en señal de victoria.

—¡Sí!

—Al menos sal del dormitorio para que pueda vestirse —ordenó Trig.

Ella levantó las manos.

—Vale, vale. —Se volvió hacia mí y sonrió—. Estaré abajo. Tienes cinco minutos. No me hagas volver a subir ni me obligues a ver a mi hermano follando.

—¡VETE! —gritó Trig.

Me reí.

17



TRIG

LAINEY HABÍA TENIDO la astucia de traer uno de sus trajes de nieve para que Ellie se lo pusiera. Seguro que no habría dejado que mi mujer saliera sin uno, y Lainey lo sabía. Le di a Ellie mi casco y mis gafas y las dos se marcharon en la moto de nieve de Lainey, después de que no lograra convencerla de que me dejara acompañarlas. El sol brillaba; la tormenta había pasado definitivamente. La casa de Lainey no estaba a más de medio kilómetro, al otro lado de la colina, y si surgía algún problema, Lainey tenía su teléfono. Cuando vinieran de regreso, las vería en cuanto aparecieran por la cima.

Entonces se alejaron y me quedé desahuciado. La casa estaba en silencio sin la presencia de Ellie. ¿Cómo era posible que hacía menos de dos días ni siquiera supiera que existía? Ahora la había reclamado y hecho mía. Podría estar embarazada.

Era mía, joder.

Mientras vaciaba el lavavajillas, pensando si debía ir a buscar a Ellie a casa de Lainey, sonó una bocina. Fui a mirar por la ventana, entrecerrando los ojos con el resplandor. Una quitanieves del condado limpiaba la entrada de mi casa. Detrás estaba la camioneta del alguacil Colt.

Joder. ¿Le había pasado algo a Ellie? ¿A alguien de la familia?

Me dirigí hacia la puerta y la abrí de un tirón, quedándome en el porche en calcetines.

La quitanieves se detuvo al lado de mi garaje, empujando la nieve hacia el montículo que había a un lado. Luego retrocedió. Abe, un amigo de mi padre, conducía la quitanieves del pueblo desde que yo tenía uso de razón, y estaba al volante, me saludó con la mano y se marchó, dejando un camino más ancho en mi entrada al salir.

Colt aparcó delante de mi casa.

No estaba solo.

Cuando se bajó, se quitó las gafas de sol y me lanzó una mirada. Mirada que decía que no estaba contento, que debía tener cuidado y un montón de cosas más, pero sin contexto. Tuve que esperar para saber cuáles eran.

—Todos están bien —dijo, tranquilizándome desde el principio.

Suspiré y le hice un gesto con la cabeza. No se trataba de la familia.

La otra persona, de unos sesenta años, se bajó del asiento del acompañante. Vestía un abrigo de piel, pantalones de pana marrones y botas pesadas. Encendió un cigarrillo.

—No sé si conoces a Lance Mann —dijo Colt, inclinando la cabeza hacia el hombre mayor que fumaba y luego poniéndose el sombrero de vaquero.

¿Era ese Lance Mann? Había oído de él. En un pueblo pequeño como Foso del Diablo todo el mundo sabía todo de todos, incluidas

las cosas malas, como del mismísimo Mann.

Mann había trabajado para el ayuntamiento antes de que lo despidieran por malversación de fondos, lo cual no tenía sentido, ya que su propiedad era enorme y debía de ser rico en tierras.

—Mann —dije, asintiendo con la cabeza.

De pronto se abrió la puerta de atrás del coche y salió otro tipo sospechoso. Sí, muy sospechoso. Parecía estar muy estreñido. Su atuendo gritaba «tienda de ropa deportiva cara», pero dudaba que alguna vez saliera al aire libre más que para subirse y bajarse de un coche con chófer.

—Él es Conrad Trout —murmuró Colt.

Colt me lanzó una mirada que decía que sabía que esos dos eran unos idiotas y que le sacaban de quicio. Era una mirada que me dedicaba a mí y al resto de nuestros hermanos a menudo. Ahora estaba aquí por motivos profesionales y tenía que seguir las malditas reglas. Por más que quisiera, no podía darles un puñetazo en la nariz a ninguno de estos dos.

—Hay un coche robado enfrente de tu casa —dijo Mann, y luego le dio una calada a su cigarrillo.

—Me he enterado —respondí.

—Como él mismo denunció el robo, le he llamado más temprano para decirle que lo habían encontrado —dijo Colt—. Los dos estaban muy ansiosos y sacaron a Abe de su ruta de arado habitual para poder llegar aquí.

Eso significaba que estaban muy nerviosos por lo del coche.

—Ella tuvo que venir aquí durante la tormenta —dijo Mann.

Fruncí el ceño.

—¿Quién?

—Mi hija Ellis. —Tosió de una forma ronca y seca como todo un fumador de larga data, con toda la fuerza de los pulmones, como si

intentara expulsar todo el alquitrán.

¿Su hija…? ¿Su hija? ¿Ellis? Ellie dijo que su apellido era Raintree. ¿Él era su padre? Joder.

—Nadie me ha tocado la puerta durante la tormenta —dije con honestidad. No significaba que no me había traído a una mujer inconsciente en brazos.

—Tenemos que revisar la zona —dijo Trout—. Ella no está bien.

—Que ella no esté bien no tiene nada que ver con mi propiedad —le dije—. ¿No es cierto, alguacil?

—No hay ninguna causa probable de que ella esté aquí —comentó Colt.

—¡Pero si el coche está al lado de la entrada a su casa!

A Mann le iba a dar un infarto como no se calmase. Iba sacudiendo el brazo y esparciendo cenizas por la nieve.

—¿Entonces es que no está bien o que es una ladrona? —le pregunté.

Los labios de Mann formaron una delgada línea.

—Trig es mi hermano —agregó Colt, con la mano en la culata de su pistola de trabajo—. Si él dice que nadie le ha llamado a la puerta durante la tormenta, le creo.

—Si no está aquí, entonces no tienes nada que esconder —dijo Mann, quien no parecía ser un padre preocupado, ni que la quisiera. Había llamado a la policía porque ella se había robado un coche de su rancho, no porque estuviese desaparecida. Quería encontrar a Ellie, quedaba clarísimo, pero no sabía por qué. La pregunta era, ¿por qué mi mujer había estado tan desesperada como para robarse un coche de su rancho? ¿De qué escapaba? ¿De él? ¿De estos dos?

—No tengo nada que esconder, pero conozco mis derechos. ¿Te gustaría que me apareciera por tu terreno y me comportase como vosotros?

Gracias al cielo que Ellie no estaba aquí. Podían requisar todo lo que les apeteciera. No había rastro de ella. Ni bolsa ni móvil ni ropa, pues la que tenía, la llevaba puesta, menos sus bragas, que las traía en el bolsillo de mis vaqueros. No había ni condones que demostraran lo que habíamos hecho.

—No me voy a ir hasta que este lugar sea requisado —aseveró Trout.

¿Y ese por qué actuaba tan raro y cabreado por encontrar a Ellie?

Colt, suspirando, me miró.

—A ver, Trout, ¿por qué te interesa tanto encontrar a la hija de Mann? —le pregunté.

—Porque es mi prometida y me pertenece.

18



ELLIE

—Vamos a buscarte otra cosa para que te pongas hasta que saquen las pertenencias del coche —dijo Lainey, parada en medio de su vestidor. Abrió una gaveta y empezó a rebuscar—. Estas. Estos son los mejores.

Me lanzó unos leotardos.

—Si son tus favoritos, no te los voy a quitar.

Llevaba puesta la misma ropa que tenía cuando me fui de casa de mi padre, menos las bragas, que no había encontrado cerca de mi ropa cuando me vestí. Cuando le pregunté a Trig por ellas, sonrió, lo que significaba que las había escondido. Después dijo que le gustaba tener acceso fácil a mí. No le iba a decir a ella que no las traía puestas.

—Me compré tres junto con esta blusa y jersey. —Me acercó las prendas y salió del vestidor.

Me volví y la miré fijamente, entonces me di cuenta de que esperaba que me cambiase allí mismo.

A través de la puerta abierta vi que me estaba esperando.

—¿Estás bien quedándote con Trig? Solo tienes que decirlo y te rescataré.

Me saqué los leotardos viejos y me puse los acolchaditos de Lainey. Madre mía, que eran buenos. Eran gruesos y suaves; perfectos para estar cómoda.

—Creo que ya lo has hecho —le dije.

Se rio.

—Le doy una hora.

Metí la cabeza por el agujero de la blusa.

—¿Una hora para qué?

—Para venir acá y llevarte de vuelta. Es un Wilder.

Los ojos se me abrieron de par en par a pesar de que no podía verme.

—Estás bromeando.

—No. Algo que aprenderás de mis hermanos, y créeme que soy una experta en esto, es que son mandones y obstinados.

Me puse el grueso cárdigan de chenilla y salí del vestidor.

Ella me miró y sonrió.

—Estás estupenda. Ojalá tuviera un pelo como el tuyo. Tan oscuro.

Fruncí el ceño.

—¿Qué dices? El tuyo es muy lindo y daría mi brazo derecho por tener tu color.

Su cabello le llegaba un poco por debajo de los hombros y era de un color por el que las mujeres pagaban cientos de dólares en la peluquería. Estaba segura de que el suyo era natural.

—Vale. Me gusta mi pelo, pero te envidio los pechos y no puedes hacerme cambiar de opinión. —Se llevó las manos a los suyos. Sin duda eran más pequeños y seguro que podía ponerse *bralettes* bonitos, que a mí no me quedaban bien desde los catorce años.

Me miré. Nunca me parecieron espectaculares, simplemente… abundantes.

—Siempre tengo que ponerme sujetador —le dije—. Siempre.

Ella se encogió de hombros.

—Merece la pena.

No pude evitar reírme.

—Da igual.

—Vamos. Me han regalado una cafetera muy chula por mi cumpleaños y hace unos mochas increíbles. ¿Te apetece uno?

—Sí, por favor.

La seguí por el pasillo hasta su cocina. Mientras que la casa de Trig tenía dos pisos, la de Lainey era de una sola planta. Por lo que pude ver, tenía dos dormitorios con una cocina abierta, comedor y sala de estar. Era prácticamente una cabaña de madera situada frente a un estanque. No era que lo habría notado yo misma con toda la nieve, pero Lainey señaló en esa dirección cuando salimos de su enorme garaje.

En las paredes había montones de fotos. Reconocí a su familia y muchas imágenes de una versión más joven de Lainey montada a caballo, el cual iba tan rápido que las patas se le veían casi borrosas. Tenía un número en la camiseta, así que debía de competir. ¿Carreras de barriles?

—¿Supongo que tomarás clases en línea para terminar tu carrera? —preguntó, distrayéndome de las fotos. La seguí a la cocina y me apoyé en la encimera mientras ella pesaba los granos de café.

—¿Por qué lo dices?

—Si te vas a quedar aquí en Foso del Diablo, tendrás que hacerlo.

—Lainey, no me voy a quedar aquí. No puedo.

Terminó de pesar el café y se volvió hacia mí, ceñuda.

—¿Qué dices?

—Voy a volver a Seattle.

Arrugó la frente.

—¿Por qué quieres hacer eso?

—Porque ese es mi lugar.

Allí es donde podía esconderme de mi padre y del señor Trout, donde no estaba toda la familia Wilder, lo que significaba que estarían a salvo.

—Tu lugar es con Trig.

—Eres tan obstinada como tus hermanos —le dije.

Se llevó la mano al pecho.

—¿Yo?

—¿Qué harías si un chico que acabas de conocer te dijera que le perteneces?

Suspiró.

—Probablemente me derretiría como mantequilla y después le daría un puñetazo en la garganta.

Me reí, porque yo sí que me había derretido como mantequilla.

—¡Exacto!

—Pero Trig no te habría dicho que le pertenecías si no lo sintiera en serio.

—No tenía ninguna base para tomar esa decisión.

—¿Lo has visto? Es guapísimo. Todos mis hermanos lo son, esos pringados. Trig podría tener a cualquier mujer que quisiera aquí en Foso del Diablo, en Montana. Joder, con su trabajo, a todas las chicas de Norteamérica.

Fruncí el ceño.

La cafetera comenzó a filtrar el café y el aroma de los granos tostados inundó el aire.

—Eso ayuda un montón.

—Él nunca había llevado a una mujer a su casa. Quizás no me lo cuenta todo, pero somos una familia muy unida y me habría enterado.

—Vale. Casi muero en una tormenta de nieve. No creo que tuviese muchas opciones más que llevarme a su casa.

—Si solo hubiera querido un rollito contigo, habría dicho: «Quiero un rollito», pero no fue así.

Iba a discutirle, pero tenía razón. Era guapísimo. Podía tener a cualquier mujer que quisiera. Probablemente había tenido muchas.

—Te quiere a ti, Ellie. —Se puso a espumar la leche y el ruido impidió que siguiéramos hablando.

Reforzó lo que me había dicho Trig. Me aseguró que todo lo que sentía cuando estaba con él era real, que hubo una conexión instantánea entre nosotros, y cuando tuvimos sexo anoche, había sido algo más que una aventura de una o dos noches. Es más, no habíamos usado preservativos y yo no tomaba anticonceptivos. Ni siquiera lo habíamos hablado en ese momento, solo mencioné que quería una familia numerosa, aunque mi intención no era empezarla esa misma noche. Fue increíble, pero él solo mencionó que yo era suya, no que estaríamos juntos para siempre.

Cuando Lainey me dio una taza con espuma en la superficie, la miré fijamente.

—No importa. No puedo quedarme. Para mí, es solo una aventura. No puede ser más que eso.

Me puso la mano en el brazo y nuestras miradas se cruzaron por un momento.

—¿Por qué?

Negué con la cabeza.

—Ahora somos como hermanas, ¿recuerdas? —dijo.

Hermanas. Trig me quería. Lainey también. Incluso Ann. Hayes me había llamado «hermanita».

Sabía que marcharme, o escaparme, sería difícil, y podría con eso, pero ¿con esos ojos de perrito que me ponía Laney?

—Es complicado. Yo no…

Para alguien que vivió en Seattle la mayor parte de su vida, ya me había acostumbrado al sonido de las motos de nieve. Por el ruido, supe que una aparcó enfrente. Lainey puso los ojos en blanco.

—Te lo dije. Y ha tardado apenas treinta minutos.

Entonces se escucharon pesados pisotones y la puerta principal se abrió de golpe. Trig entró furioso y cerró la puerta de un portazo. Parecía cabreado. No llevaba abrigo, solo botas y guantes de cuero. Sus ojos me encontraron inmediatamente.

—Dios, Trig, ¿qué mierda te pasa? —gritó Lainey, llevándose las manos a las caderas—. Estamos tomando una rica taza de café y tú llegas así…

—¿Cuándo ibas a decirme que estás comprometida?

19



TRIG

Acepté, con los dientes y puños apretados, que Conrad Trout entrara a mi casa. Lo acompañé de dormitorio en dormitorio, asegurándome de que no tocara nada. Colt y Lance Mann se quedaron en el porche. Colt confiaba en mí como para que no matara a Trout en mi propia vivienda, pero era una tarea más difícil que no caerse de un toro por ocho segundos.

Ese cabrón estaba comprometido con Ellie. No Ellie. Ellis Mann.

Cuando hubo revisado todos los rincones, Trout salió furioso de la casa y regresó al patrullero. Mann lo siguió, a mitad de su segundo cigarrillo. Colt se quedó en el porche conmigo.

—¿Está con Lainey? —preguntó él.

—Sí. —Y menos mal.

—Déjame deshacerme de estos cabrones y vuelvo. Estos dos se traen algo raro entre manos. —Se puso las gafas de sol y se marchó.

Me quedé en el porche mientras Colt le gritaba a Mann que no podía fumar en el coche, luego se subió y se marchó con su patrullero.

Tardé diez minutos en llegar a casa de Lainey en moto de nieve para ver a mi mujer.

Ellie, nerviosa, dejó la taza de café sobre la encimera. Su rostro palideció y empezó a temblar.

—¿Estás comprometida? —preguntó Lainey, atónita—. Joder, es como si estuviera en una telenovela.

—Lainey, cállate —le espeté.

—Trig —susurró Ellie, ignorando a mi hermana, a pesar de que estaba justo a su lado.

Atravesé la cocina.

—Tengo que decirte, cariño, que me enfadé mucho cuando tu padre y Conrad Trout llamaron a mi puerta con el alguacil. Parece que están muy preocupados por tu bienestar, ya que uno es tu padre y el otro dice que es tu prometido.

Estaba muy enfadado, furioso con ella por haberme mentido, incluso después de todo lo que habíamos hecho, sobre todo *después*. ¿Podría estar embarazada de mí y comprometida con otro hombre?

Levantó la cabeza y abrió mucho los ojos.

—¿Están aquí?

Corrió y fue directamente a la puerta completamente asustada, al igual que cuando mi familia llegó para cenar ayer por la noche. Todo tenía sentido. No se había asustado por ellos, sino porque pensaba que su padre y Trout la habían encontrado.

—¡Trig! —gritó Lainey, y me dio un golpe en el brazo.

Parpadeé y luego corrí tras Ellie.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

Se giró un poco, pero no me miró.

—Trig, te he dicho que no podía quedarme. Ellos son la razón. No pueden encontrarme. Si lo hacen, entonces… Ahora estás enfadado, tienes todo el derecho a estarlo, pero tengo que irme antes de que…

—Deja de hablar —espeté.

—¡Trig! —Lainey me dio otro manotazo.

—¡No quiero que te hagan daño! —gritó Ellie.

Mis ojos se encendieron.

—¿A mí? ¿Hacerme daño a mí?

Se le llenaron los ojos de lágrimas y asintió con la cabeza.

—Tú no vas a ir a ninguna parte, cariño. Nunca. Te amarro si es necesario, y se me da muy bien el lazo. Tienes que decirme la verdad. Me lo merezco, ¿no crees? A ver, que podrías estar esperando un hijo mío.

Lainey se quedó sin aliento. Ellie se estremeció y empezó a llorar.

—Eres un idiota —me dijo Lainey, colocándose justo delante de mí. Tenía que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarme a los ojos, pero me detuvo hasta echarme en cara lo que tenía que decir—. La has hecho llorar. Un Wilder no deja sola a su mujer así como ella está ahora.

—No está sola. ¡Está ahí!

—Acabas de entrar como un loco, la has acusado de estar comprometida y la has hecho sentir como una mierda porque podría estar esperando un hijo tuyo, lo cual daría miedo porque eres un tonto. ¿Le has preguntado qué cojones pasa, en lugar de dar pisotones y gritar como un cavernícola?

Señalé directamente la cara de mi hermana. Tenía la altura perfecta para hacerlo.

—¡Tú eres la que grita!

Lainey me fulminó con la mirada.

Yo le devolví la mirada y suspiré. Abordaba el asunto de la manera equivocada. Todo lo que Ellie quería era ser mi buena chica y yo, con cada gesto, le transmitía que nunca volvería a serlo, que me había decepcionado, que había hecho algo malo.

La hice llorar.

Le puse la mano en la cara a Lainey y la aparté con un empujón fraternal.

—¡Oye!

—Vete a dar una vuelta —le dije, acercándome a Ellie.

No me quedé esperando a ver qué hacía mi hermana, pero la escuché cerrar silenciosamente la puerta de su dormitorio. Me tumbé en el sofá junto a Ellie y la acerqué a mí; las piernas le colgaron de lado.

La abracé fuerte y la dejé llorar.

Ella me rodeó la cintura con los brazos y se aferró a mí. Le acaricié el pelo y la espalda. Le besé el pelo.

Lo que fuera que sucediera era malo. Imposible que mi dulce Ellie estuviese comprometida con ese maldito de Trout. Cuando dijo que Ellie le pertenecía, sentí un escalofrío por toda la espalda. Y no precisamente por el frío.

Yo le había dicho lo mismo, que era mía. A ella no le había gustado; me dijo que no quería ser de nadie. Lo había dicho por Trout y por mí, un desconocido. Al menos al principio.

No sabía cuánto tiempo llevaba llorando, pero fue mucho. Cuando por fin se le acabaron las lágrimas, le levanté la cara. Con los pulgares le sequé las mejillas húmedas.

—Creo que tenemos que empezar de nuevo, cariño. Soy Trig Wilder. ¿Cómo te llamas?

Abrió mucho los ojos y luego se humedeció los labios. Los labios que me encantaba besar y que esperaba que algún día envolvieran

mi polla.

—Ellis Mann.

—Hola, Ellis —dije, esbozando una pequeña sonrisa.

—Me gusta que me llames Ellie.

—Vale, Ellie. Cuéntame. Cuéntamelo todo.

Suspiró y exhaló profundamente.

—Mi padre es Lance Mann, como ya sabes. Es dueño del Rancho Rocking M.

Asentí con la cabeza, pues eso ya lo sabía. Conocía a Mann. Todos los habitantes de Foso del Diablo lo conocían. Era un imbécil de los grandes. Y el padre de Ellie. ¡JODER!

—Todo lo que te he dicho es cierto. Simplemente obvié algunas partes. Nací aquí, viví en el rancho hasta que mis padres se divorciaron y nunca más volví.

—Hasta ahora.

—Sí. Me llamó hace tres semanas, me dijo que quería que viniera de visita, pues me echaba de menos.

¿Después de trece años? ¿Qué cojones?

Yo viajaba por el circuito de rodeo, pero me mantenía en contacto con mi familia todos los días. A veces, varias veces al día, con mensajes de texto por el grupo. No podía imaginarme no tener a mis padres en mi vida, interesados en mí y en lo que hacía. Joder, tenían tantos trofeos y premios en sus paredes por todas mis victorias, que su sala de estar parecía el pasillo del gimnasio de un instituto.

—No parece un padre cariñoso. ¿Por qué quería que volvieras a casa?

—Está endeudado.

Eso tenía sentido con el historial de robarle dinero al pueblo.

—Me apostó en una partida de póquer —continuó—. Conrad Trout me ganó y pagó su deuda. Yo fui la ficha. Tengo que ser su esposa.

Coloqué a Ellie en mi regazo para que se sentara a horcajadas sobre mi cintura. Le acaricié las mejillas y le sujeté la cabeza para poder mirarla a los ojos.

—Por eso me has preguntado si jugaba al póquer.

Asintió con la cabeza.

—Iba a casarse contigo.

Volvió a asentir.

—Sí. La otra noche, el señor Trout, es que ni puedo llamarlo por su nombre de pila, me ha contado lo que tenía planeado para mí. —Apartó la mirada—. No me gustó nada… Me dio miedo.

Solo podía imaginar lo que ese maldito le había dicho. Ella era virgen. Ni de casualidad ese imbécil iba a tocarla, no iba ni siquiera a respirar cerca de ella.

—Cogí el coche del ama de llaves y escapé. Ya sabes el resto.

—No parabas de decir que no podías quedarte en Foso del Diablo.

Ella asintió.

—Si me quedaba aquí, me encontrarían. Estaba en lo cierto. Me han encontrado.

—¿Por qué no me lo contaste enseguida? Colt es alguacil. Los hombres Wilder somos ocho y papá puede defenderse más que de sobra. Protegemos lo que es nuestro.

Me dedicó una sonrisa triste.

—Porque el señor Trout me ha dicho que, si le contaba a la policía, me regresarían con él.

—Estaba fanfarroneando. Colt es el alguacil. Nunca haría algo así.

—Yo no lo sabía. En este pueblito, no podía confiar en nadie. ¿Y si me regresaba?

—Nunca te llevaría con ellos. Jamás. Eres mía. —La besé, suave y con ternura, a pesar de que quería devorarla, consumirla, hacer que se corriera y gritase mi nombre para que supiera que solo le daría placer y felicidad—. Por eso odiabas cuando te decía eso. Alguien del pueblo te ha dicho que le pertenecías y tú te has escapado. Y directamente a mi cama, donde te dije lo mismo.

Se encogió de hombros.

—Tú no eres como él.

—Por supuesto que no.

—Dijo que le haría daño a cualquiera que me ayudara. No quería que ninguno de vosotros sufriera y…

—¿Tú qué?

—Me he enamorado de ti y de tu familia.

No pude evitar sonreír y el corazón casi me estalló.

—Quiero que te enamores solo de mí, cariño. Mi familia es un extra.

Ladeó la cabeza.

—Vale.

—Esa es mi buena chica.

Una sonrisa se dibujó en sus labios por primera vez, pero luego desapareció.

—Trig, no sé cómo salir de esto. Conrad Trout no me va a dejar en paz. Mi padre me va a obligar porque, de lo contrario, le deberá mucho dinero a ese señor.

Por primera vez desde que Colt llegó a mi casa con esos cabrones, me relajé y sonreí.

Había una solución.

—Fácil. Te casas conmigo entonces.

20



ELLIE

—¿Que qué? —No creía haber escuchado bien a Trig—. ¿Casarme contigo?

Él sonrió.

—Sí, cariño. Si te casas conmigo, Trout no podrá tenerte.

—No le va a gustar eso.

—Perfecto. No tiene nada que hacer casándose contigo.

—Me amenazó. Si me caso contigo, tú también estarás en peligro y toda tu familia.

—¿Has visto a mis hermanos? ¿Crees que Trout puede hacernos algo?

—Sí, pero tus padres…

—Colt es el alguacil. Encontrará lo que haga falta para meter presos a Trout y a tu padre. Pero ya no es tu problema.

—Sí lo es. Trout me está persiguiendo.

Trig negó con la cabeza.

—Ese problema ahora es mío y yo me encargaré de él.

—¿Casándote conmigo?

—Te he dicho que eres mía.

—Pero… acabamos de conocernos; te cansarás de mí. ¿Por qué querrías…?

—¿Cansarme de ti?

Asentí con la cabeza.

—Mi madre siempre está borracha, con un perdedor diferente cada vez que la veo, que ya casi ni voy, y…

Él frunció el ceño.

—¿Cómo que perdedor diferente?

—Mi padre nunca me quiso. Cuando pensé que sí, resultó que me apostó en una partida de póquer. Me vendió a Conrad Trout y, si no cumple…

Jugueteé con un botón de la camisa de Trig para no tener que mirarlo a los ojos.

—Mi padre no me quiere. Conrad Trout no me quiere. Quiere a una mujer treinta años más joven que se someta a todo tipo de obscenidades y perversiones en el dormitorio.

—¿Te ha dicho eso?

—Sí.

Me levantó la barbilla con los dedos.

—Tú, Ellis Mann, o Ellie Rainwater, como te llames, eres querida. Yo te quiero. Toda mi familia te quiere. Nunca me voy a hartar de ti.

—Pero…

—No me vengas con *peros.* Y no creas que se me va a olvidar lo de los espabilados con los que queda tu madre. Quiero que me cuentes todo más tarde.

Me mordí el labio. Por primera vez me sentí querida.

Era lo que siempre quise. Que me quisieran, en los brazos de Trig, en su casa, en su cama, con su familia.

—¿De verdad quieres casarte conmigo?

Me levantó la barbilla.

—¿Qué te he dicho desde que te despertaste en mi cama?

—Que te pertenezco.

Asintió con la cabeza.

—Sí, cariño. Nada más verte, supe que eras todo lo que había estado esperando.

Quizás Ann tenía razón. Apenas se miraron, ella y Charlie supieron que estaban hechos el uno para el otro. Después de todos estos años y nueve hijos, seguían enamorados.

Era amor.

—Yo… siempre quise casarme por amor —admití.

Trig suspiró y luego me giró en su regazo.

—¡Trig! ¿Qué estás…?

Me bajó los leotardos que me había prestado Lainey hasta debajo de la curva de mi culo y me dio un azote en la nalga derecha.

—¿Me estás escuchando, cariño? —preguntó, hablándome al mi oído, con la mano apoyada en mi piel con escozor.

Asentí. Retorcerme no servía de nada.

—Creo que tengo que dejar las cosas un poco más claras. Crees que no entiendes esto. Crees que tienes que dar todo tú, que eres de mi propiedad, que eres mía.

—¡Eso es lo que has dicho!

Me dio otro azote.

—Sí, pero eso también significa que yo soy tuyo. Que te pertenezco. Si bien me voy a retirar del circuito de rodeo, no dejaré todo. Ahora tengo lo que siempre había querido.

—Trig. —Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Te quiero, Ellie. Desde el primer momento he sido tuyo. Pero me está costando horrores que lo creas.

—Yo también te quiero —admití.

Antes de que pudiera respirar, tenía los leotardos de vuelta en su sitio y yo estaba otra vez sentada en su regazo. Me acariciaba las mejillas con las manos y me besaba.

—Nos vamos a casar —dijo, y me volvió a besar.

—Sí —dije, sonriendo y devolviéndole el beso.

—¡Lainey! —gritó él.

—¡Nada de tener sexo en mi sofá! —le gritó ella, aunque venía llegando a la sala. Gracias a Dios que no tenía el culo al aire.

—Nos vamos a casar. Hoy mismo.

Ella gritó de alegría.

—Llama a mamá y organízalo todo. Tienes dos horas.

21



TRIG

Mamá y Lainey no tardaron ni dos horas en prepararlo todo. Tardaron noventa minutos. Y todo porque Colt, que también era juez de paz, tuvo que dejar a Mann y Trout en la oficina del alguacil antes de poder llegar a la casa de Lainey.

Además de alargar todo el proceso, no nos parecía buena idea que Ellie se moviera de un sitio a otro, ni siquiera dentro del rancho hasta que terminara la ceremonia.

Quería sellar el trato.

Sí, la quería.

Sí, quería pasar el resto de mi vida con ella.

También quería asegurarme de que Trout no volviera a molestarla nunca más. El trato que hubiera hecho con Mann no era asunto de Ellie.

Estaría a salvo con mi apellido.

Tan pronto como Colt nos declaró marido y mujer y firmamos la licencia de matrimonio, me eché a Ellie al hombro y salí cargándola por la puerta. Lainey, mamá y papá, además de todos mis hermanos menos Zeb, estuvieron allí de testigos.

Fue perfecto. Claro, yo vestía los vaqueros y una camisa de franela que me había puesto por la mañana. Ellie ni siquiera llevaba un vestido, mucho menos uno blanco. Si ella quisiera, haríamos una elegante boda más adelante.

De momento, la senté delante de mí en mi moto de nieve, volvimos a nuestra casa y me puse manos a la obra para formar la familia que ella tanto deseaba.

22



TRIG

—Creo que deberías llevarte a Ellie a una luna de miel en la playa —me dijo Colt.

Contesté su llamada, ya que Ellie se duchaba después de nuestro último encuentro. Esta vez, fue con ella encima de mí, agarrándose al cabecero, cabalgándome. Y sí que aguantó mucho más de ocho segundos.

No había sabido nada de Colt en dos días; era un hombre inteligente que no iba a molestar a su hermano recién casado cuando follaba a su flamante esposa.

—No necesito irme al trópico para satisfacer a mi mujer.

Él gruñó.

—Lo digo por seguridad.

—¿Ellie está en peligro? —pregunté, apretando durísimo el teléfono.

Cuando Colt hablaba en tono serio, preocupado por la seguridad de alguien de la familia, me ponía en alerta. Nunca actuaba sin pensar. Y yo llevaba dos días sin saber nada de Trout. No tenía ni idea de lo que sucedía con él.

Caminé en círculos por la sala, luego miré por la ventana, como si un grupo de mercenarios llegase para llevársela.

Nada más vestía vaqueros y ni siquiera me los había abrochado. Pronto volvería a estar enterrado hasta los huevos dentro de mi mujer, pues no me cansaba de ella.

—Ellie está a salvo aquí conmigo —añadí.

Lo decía en serio. No tenía placa ni pistola reglamentaria, pero tenía armas y sabía usarlas. También sabía pelear. No me daba miedo enfrentarme a un adversario. Joder, me ganaba la vida montando toros.

Colt sabía exactamente a qué me refería. No iba a darme un sermón sobre cómo protegerme a mí mismo y a mi familia, que ya incluía a Ellie por sobre todas las cosas.

—Está casada contigo. Yo diría que tú estás en grave peligro.

—¿Yo? ¿Por qué?

Qué cojones.

—Por varias razones.

Solté una carcajada y seguí caminando en círculos.

—Me muero por saberlas.

—No le caes bien a Trout.

—El sentimiento es mutuo.

—Ya viste cómo se comportó cuando registró tu casa. No te preocupes, a mí también me odia. No has visto cómo se puso cuando me quedé a solas con él y Mann aquel día.

No sonaba muy contento y solo podía imaginar que aquella salida había sido divertida para él.

—Ya has escuchado a Ellie. Dijo que Trout pagó por ella cuando le saldó las deudas a Mann de una partida de póquer. Él cumplió su parte del trato; Mann no.

—Lo que significa que ha perdido un montón de dinero.

—Exacto. Pero imagina por qué era que quería casarse con Ellie.

Se me ocurrían un montón de razones por las que Trout querría casarse con ella, y yo las había hecho todas en los últimos dos días. Menos mal que había sido yo quien la había iniciado en el travieso mundo del sexo y no Trout.

Gruñí.

—Hablo de dinero —aclaró Colt—. La propiedad de Mann es enorme. Si se casaba con la única heredera, eso significaba que…

—Que acabaría consiguiendo la propiedad de Mann nada más saldándole aquella deuda. La tierra que heredaría por medio de Ellie vale muchísimo —concluí. Nunca había estado en ese rancho, pero sabía que debía de tener más de mil hectáreas.

—Exacto. Lo único que se interpone entre él y la propiedad de Mann, valorada en millones, eres tú.

—¿Crees que va a intentar matarme? —le pregunté. Colt no podía verme, pero yo tenía las cejas tan alzadas por el asombro que me llegaban al pelo. Ese Trout podía ser un maldito imbécil, pero no lo veía como un asesino. Por otra parte, Colt era el que trataba con las peores escorias humanas, no yo. Yo lidiaba con toros cabreados que me querían matar, no personas.

Colt soltó una carcajada bastante seca.

—Cuando se entere del matrimonio seguro que sí.

—¿Qué vamos a hacer para detenerlo?

—Creo que vendrá a por ti. A matarte no lo sé, pero sin duda se enfrentará contigo.

—Vale. Quiero saber que Ellie está a salvo. Que Trout sepa que nada va a alejarla de mí y que debería seguir adelante con su vida.

—Yo opino que lo saquemos de su escondite y lo obliguemos a actuar.

Una lenta sonrisa se dibujó en mi rostro. Ellie había estado más tranquila, más feliz, más dulce y sexy desde que le dije que Trout ya no era un problema para ella. Y se lo había dicho en serio.

Ya era la señora de Trig Wilder y su mayor preocupación en la vida era en qué postura quería estar mientras le hacía un hijo. Trout no iba a acercarse a ella. Ella no iba a pensar en él ni a preocuparse por él ni por nada que tuviera que ver con él ni con su padre nunca más.

Me iba a usar a mí mismo como un cebo para acabar con ese cabrón. Si realmente tenía intención de matarme, quería verlo pudrirse en la cárcel.

—¿Me entiendes lo que te digo, hermano? —preguntó.

—Claro que sí. ¿Cuál es tu plan?

23



ELLIE

Trig me hizo compañía en el cuarto de baño después de mi ducha. Tenía una toalla envuelta en el cuerpo y me secaba el cabello con otra mirándolo por el espejo un poco empañado. Estaba apoyado en una pared, mirándome.

—¿Qué pasa?

—Eres tan preciosa. Y eres toda mía, señora Wilder.

Sonreí.

Me había casado con Trig. Si lo pensaba mucho, me entraba un poco de pánico. Sin embargo, él no me daba mucho tiempo para pensar.

—Tenemos que hablar, cariño.

La sonrisa se me borró. Vale. Se había arrepentido.

—¿Ya no me quieres?

Abrió mucho los ojos, luego se acercó a mí y me abrazó.

—¿De dónde diablos has sacado eso?

Me encogí de hombros, con la cara apoyada en su pecho desnudo.

—De mis padres, supongo.

—Si no te quieren, pues ellos se lo pierden. Yo te quiero tanto. Esa licencia de matrimonio dice que estarás conmigo siempre. Mi semilla en lo más profundo de ti dice que definitivamente estarás conmigo para siempre.

Sus palabras me tranquilizaron, así que suspiré y lo abracé fuerte.

—¿Me crees? —insistió.

Asentí con la cabeza y froté su cálida piel con la nariz.

—Sí.

—Buena chica —suspiró—. Colt me ha llamado. Tiene una teoría de por qué Trout te ha estado persiguiendo.

—Por dinero, lo sé.

Asentí con la cabeza.

—Sí. Eres la única heredera de Mann, así que casarse contigo iba a implicar que algún día se quedaría con el rancho con ese pequeño pago inicial.

Los ojos se me iban a salir de las órbitas.

—Dios… No tiene sentido. ¿Crees que mi padre me dejaría su rancho? Si no lo he visto en años.

Se encogió de hombros.

—Quizás su testamento ponga que todo vaya a parar al refugio de animales. ¿Quién sabe? Puede que Trout sea un cabrón, pero es astuto. Te quería por una razón.

—Sí, por todas las cosas asquerosas y espeluznantes que me dijo que me iba a hacer después de que nos casáramos.

Trig parecía dispuesto a matarlo. Con los dientes apretados, dijo:

—Él nunca te va a tocar.

Asentí con la cabeza.

—Lo sé. Me siento segura contigo.

En cuanto a las cosas que Trig y yo hacíamos, Dios, probablemente eran ilegales en algunos estados, pero me encantaban, a diferencia de lo que Trout había planeado. Era mucho que procesar. Parpadeé y miré fijamente el robusto pecho de Trig.

—¿Estás bien? —Me observó el rostro con preocupación.

—Solo estoy sorprendida… Y, para ser sincera, todavía me asusta un poco el señor Trout.

Me acarició las mejillas. Se inclinó y me besó en la frente.

—No tienes por qué temerle. Colt y yo tenemos un plan y vamos a acabar con ese cabrón.

—¿Por qué? ¿Por ser un cabrón?

—Creemos que podría venir a por mí.

—¡¿Qué?! —estallé, casi gritando, con la adrenalina corriéndome por las venas.

—Te alejé de él. Ahora no podrá quedarse con el rancho.

—Pero…

Me acarició las mejillas con ternura.

—He dicho que yo me encargo, ¿no?

Asentí.

—Entonces pórtate bien; pasa el día con mamá y papá mientras nosotros nos encargamos de esto.

Fruncí el ceño, todavía nerviosa. Cuando un macho alfa como Trig decía «mientras nos encargarnos de esto», podía significar cualquier cosa. No me extrañaría que incluyera matar al señor Trout.

—¿Qué vas a hacer…?

Negó con la cabeza.

—No tienes nada de qué preocuparte. Te lo prometo.

No iba a decírmelo. Por una vez, no tenía que resolverlo todo yo sola. De hecho, no tenía que resolver nada. Era reconfortante saber que Trig se encargaría de la situación y del señor Trout.

—¿Es lo que quieres? —pregunté, ladeando la cabeza.

—Sí, cariño. Necesito saber que estás a salvo para poder concentrarme.

—Vale. No quiero que él se interponga entre nosotros nunca más.

Trig metió el dedo en el nudo de la toalla y lo desarmó, dando por terminada la discusión.

—No quiero que *esto* se interponga entre nosotros nunca más.

Sentí el aire fresco en mi piel húmeda, mis pezones se endurecieron. Iba a hacerse cargo del señor Trout por mí. Envalentonándome para darle las gracias, le tomé los vaqueros —por suerte, ni siquiera se había subido la cremallera— y se los bajé por las estrechas caderas.

—¿Qué haces, cariño?

Lo miré y me arrodillé en la alfombrilla del baño. Allí estaba su polla, larga y gruesa, balanceándose. Habíamos tenido sexo tantas veces que había perdido la cuenta, pero nunca la había visto tan de cerca. Y nunca había estado a punto de metérmela en la garganta. Me lamí los labios con ganas de saborearla.

—Como estoy siendo una buena chica, me voy a meter la polla de mi marido en la boca por primera vez.

La mirada se le acaloró. La polla se le engrosó más, si fuera posible. Bajó la mano y me acarició la cabeza antes de decir:

—Abre la boca, cariño.

Y lo hice.

24



TRIG

UNAS HORAS MÁS TARDE, solo podía pensar en mi esposa de rodillas, metiéndose mi miembro hasta el fondo de la garganta. Había abierto tanto la boca para que le cupiera, que las lágrimas le caían por las mejillas. Ese calor, esa succión. Sus ganas y el esfuerzo hicieron que me corriera rápido.

—¿Estás listo? —preguntó Colt, apartándome de mis pensamientos.

—¿Cómo?

Estaba tumbado en mi sofá. Como Abe y su quitanieves habían limpiado la entrada de mi casa cuando Colt, Mann y Trout vinieron el otro día, había llevado a Ellie a casa de mis padres en mi camioneta y la había aparcado justo enfrente, para que Trout supiera fácilmente que estaba en casa. Colt ya estaba aquí cuando volví, y para que no se viera el patrullero, lo dejó en su casa y se vino en la motonieve.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no había oído el ruido de un vehículo que se acercaba ni el crujir de la nieve bajo los neumáticos ni el portazo de la puerta. Pensar en mi mujer cuando me dio esa mamada me distrajo.

—Sí, joder. —Me puse de pie de un salto y me pasé la mano por el pelo.

Tal como sucedía momentos antes de que se abrieran las puertas del torneo, la adrenalina se apoderó de mí. Pero no iba de montar un toro, iba de cuidar a mi mujer.

—Hay que apegarse al plan. —Colt asintió con la cabeza y silbó brevemente para los presentes.

Menos Shep, que cuidaba a Ellie y a nuestros padres, todos mis hermanos también estaban aquí. Bray y Buck montaban guardia apostados en lo alto de las escaleras. Hayes y Cam estaban en el garaje. Colt se dirigió al zaguán. Aunque probablemente lo habían escuchado llegar, él les hizo saber que era el momento.

No pensé que hicieran falta mis hermanos, pero siempre los aceptaría como refuerzo.

Segundos más tarde, Trout casi me reventó la puerta a golpes.

La abrí de inmediato.

—Trout. ¿Qué carajo haces aquí?

—Me enteré de que te has casado con ella —gruñó. Vestía vaqueros y una cazadora azul marino. Tenía el pelo canoso peinado hacia atrás con la calvicie en la coronilla. Estaba extrañamente bronceado para esta época del año, a menos que se hubiese pasado por el trópico recientemente.

—¿Con Ellie Mann? Pero claro que sí. —Crucé los brazos sobre mi pecho, pavoneándome. Joder, que no pude contener la sonrisa.

Colt había transmitido la buena noticia en la pequeña fábrica de chismes del pueblo —el mejor lugar era Sip N' Serv, el restaurante

local— y la información le había llegado a Trout como era de esperar, en tiempo récord.

La cara se le puso roja como un tomate y una vena le palpitaba en la sien.

—Con que siempre estuvo aquí.

—La encontré casi muerta en una tormenta de nieve, maldito, huyendo de ti. ¿Crees que iba a dejar que te le acercaras?

—¡No tenías por qué casarte con ella!

—Ese coño virgen estaba listo —le provoqué, enfureciendo aún más a Trout, que ya estaba alterado. No quería contarle nada de cómo era Ellie en la cama, pero necesitaba cabrearlo más para que perdiera los estribos. Si iba a matarme, era el momento. Cuanto antes terminara, más rápido podría volver al coño listo de mi mujer.

—Era mío —estalló.

Me encogí de hombros, tratando de no arrancarle la cabeza por decir que su virginidad era suya, y no de Ellie. Menudo cabrón.

—Ya no lo es. Que te vaya bien.

Con la mano en la puerta, me dispuse a cerrarla, pero Trout la detuvo y la abrió de par en par.

—Le he pagado la deuda —dijo entrando en la casa.

—¿La de quién? —pregunté, asegurándome de que Colt obtuviera el testimonio que necesitaba para presentar cargos.

—La de Mann. Pagué mucho dinero por ella —dijo señalándome con el dedo como si le hubiera robado.

—¿Me dices que Mann utilizó el dinero que le has dado y tú no obtuviste lo que te correspondía?

—Así es. Como no me puedo casar con ella, quiero mi dinero.

¿Había venido por dinero?

—Tus problemas con Mann no tienen nada que ver con mi mujer. Creo que deberías ir a arreglarte con él. Y matarlo a él en vez de a

mí.

Abrió mucho los ojos, sorprendido.

—¿Matarte a ti? ¿Matarlo a él? ¿Qué dices? Mann me sirve más vivo, pero ese terreno será de ella algún día. No pienso esperar tanto. Quiero que Mann me devuelva el medio millón que le di.

¿Ellie valía medio millón de dólares?

Apreté los puños, listo para darle un puñetazo en la cara.

—Ahora se llama Ellie Wilder y dudo que su padre devuelva ese dinero. Pero ese es tu problema.

—¡Yo soy el que ha perdido aquí! —Se me echó encima con una mirada malvada. Seguía con la cara roja y la vena palpitándole en la sien.

—Lo consultaría con tu abogado, pero supongo que no hubo ningún contrato, ya que arreglar y pagar por matrimonios no es legal en este país. Significa que cualquier acuerdo que tuvieras con Mann no se va a cumplir si ella se casó conmigo. Ellie no es responsable de tus malos negocios.

Con cada palabra que decía, más se enfadaba. Apretó los puños, tensó el cuerpo. Su mirada se volvió furiosa y estrecha.

—¡Ese dinero es mío! Lo quiero de vuelta. Te voy a…

Me aparté fácilmente cuando vino a por mí y le di un puñetazo. Un golpe y cayó inconsciente al suelo. Se sintió tan bien.

Colt entró en la sala en ese momento, con mis hermanos siguiéndole.

Nos quedamos de pie, mirándolo. El corazón me latía con fuerza porque quería acabar con ese idiota.

—¿Puedo matarlo? El mundo sería un lugar mejor —murmuré con el pecho agitado.

—Tengo que admitir que no lo culpo —murmuró Colt, mirando a Trout—. Hizo un trato y no se cumplió. Lo único que quiere es

recuperar su dinero.

—Esto no es una tienda de reclamos —le respondí.

—De todos modos, no creo que Mann vaya a devolverle esa pasta. Yo diría que se lo ha gastado o lo ha enviado al banco al que le debía dinero. —Colt inclinó la cabeza hacia Trout—. Puedo arrestarlo por violencia. Mañana saldrá bajo fianza. Quizás pueda retrasar el papeleo y hacer que se quede un día más en la cárcel, pero no obtendrá nada por esto.

Fruncí el ceño.

—¿Después de lo que dijo de Ellie? ¿De lo que él y Mann planearon?

—Lo único que hicieron fue hablar. Ellie escapó. Como has dicho, dudo que hubiera un contrato escrito entre los dos para el intercambio de dinero y el matrimonio. Si lo hubiera habido, no habría venido aquí.

Tenía razón.

—Entonces solo ha venido aquí únicamente para gritarme y a que, tal vez yo, como por arte de magia, le ayudara a conseguir que Mann, mi nuevo suegro, le devolviera el dinero.

Colt asintió.

—Exacto. Nada es ilegal.

—¿Nada más le toca un cargo por agresión? —preguntó Buck, frotándose la nuca. Evidentemente, esperaba algo más emocionante.

Colt volvió a asentir.

—Esta vez sí. Te ha confesado que pagó por Ellie, pero dudo que vaya más allá porque no querrá que se corra la voz por el pueblo. Seguirá cabreado por el medio millón, pero sabe que tiene las manos atadas si Mann no se lo da.

—Todavía no. Pásame la soga.

Tenía una colgada de un gancho junto a la puerta. No era lo normal, pero era un campeón de rodeo.

Buck me la puso en la mano y me arrodillé para atar a Trout cual competencia de lazo de terneros. Miré a Colt.

—No hace falta esposarlo. Procésalo. Hazle la vida imposible durante un día o dos.

Colt sonrió.

—Lo haré.

Me levanté y me sacudí el polvo de las manos.

—¿Puedes encargarte? —pregunté y miré a mis hermanos.

—Claro que sí —dijo Colt. Buck me dio una palmada en la espalda. Los demás asintieron.

—Bien. —Aunque Trout era un cabrón, no era un asesino. Ellie estaba a salvo siendo una Wilder y él la dejaría en paz—. Hora de ir a buscar a mi mujer y volver a hacer todos los bebés que ella quiere.

25



ELLIE

—Sí, Trig. ¡Más! —grité, alzando las caderas, para que pusiera su boca justo donde yo quería. Casi no podía moverme porque me había atado a la cama. Tenía que admitir que sus habilidades de rodeo resultaban muy útiles.

Había pasado una semana desde el enfrentamiento con el señor Trout. Por lo que me contaron Trig y sus hermanos, quedó muy claro con palabras —y con el puño de Trig— que yo era la esposa de Trig y que tenía que dejar de molestarme. Esas fueron las palabras que Buck utilizó para describir cuando él y Trig vinieron por mí a la casa de sus padres. Colt había arrestado al señor Trout y luego había sido puesto en libertad bajo fianza. No le había representado mucho, dada su cuenta bancaria, y había salido de la cárcel dos días después. De alguna manera, el papeleo se había retrasado y no había podido comparecer ante el juez del condado hasta entonces. Habría una audiencia, pero nadie dudaba de que solo le impondrían

una multa, y quizás clases para controlar la ira, pero sería como intentar tapar con un parche el agujero de un barco que se hunde.

Cuando Trig contó cómo había atado a Trout, se dio cuenta de que me había puesto inquieta. No me lo imaginé atando las muñecas de Trout, sino las mías; y desde entonces, Trig me ataba firme, pero con cuidado y sutileza, al cabecero de la cama. Luego me torturaba de placer.

Tal como ahora mismo, que llevaba horas a su merced. Tenía las piernas encima de sus hombros y me estaba comiendo como si no se hubiera zampado ya una enorme cena de pollo guisado de su madre. El problema era que no me dejaba correrme.

—¡TRIG! —grité, meneando las caderas.

Levantó la cabeza y me miró a los ojos. Iba a ser yo la que le iba a dar un puñetazo si no me dejaba llegar al clímax pronto.

La barba le brillaba y se lamía los labios.

—Cariño, estás olvidando quién manda aquí.

—Por favor.

—¿Te quieres correr?

—¡Sí!

—Me suplicas tan lindo. ¿De quién es este coño? —Me metió un dedo e hizo círculos lentamente, provocándome. Apreté las paredes, deseosa de que algo, lo que fuere, me colmara.

—Tuyo.

—¿Quién te da orgasmos?

—Tú.

—Buena chica. —Entonces se movió, me agarró de las caderas y me giró. El largo de la soga me permitía estar a cuatro patas.

Me besó toda la espalda.

—¿Qué te dije que te iba a hacer cuando volviera a atarte con mi soga?

Agaché la cabeza hasta tocar el colchón con la frente.

—Dejarme atada a la cama hasta que me hicieras un bebé.

—Exacto, cariño. —Apoyaba una mano en mi cabeza, y la otra debía estar alineándole la polla a mi entrada—. ¿Crees que esta vez lo logramos? Llevas tres horas chorreando mi semen.

—Por favor.

Quería su polla. Quería correrme. Quería hacer un bebé con él. Lo quería todo.

Meneó las caderas y me llenó con un solo empuje. Arañé el colchón mientras me corría. Grité su nombre, lo apreté tan fuerte que gruñó. Estaba tan llena de semen que el sonido de la humedad hacía eco por el dormitorio.

Trig tenía mucha resistencia, sobre todo después de haberse corrido dos veces, así que me folló hasta darme tres orgasmos antes de quedarse dentro de mí y vaciarse en mi interior. Parecía que a los dos nos gustaba hacer bebés. Estaba sudorosa, agotada; tan saciada que sentía que se me iban a derretir los huesos.

Colocó una almohada debajo de mis caderas mientras yo seguía boca abajo.

—Hay que mantener esa carga dentro.

Me soltó las muñecas y me frotó la piel suavemente. Luego se tumbó a mi lado, me acercó a él y caí en un coma inducido por el orgasmo.

26



TRIG

No sabía cuánto tiempo habíamos dormido cuando sonó mi móvil, pero Ellie no se había movido en absoluto. Sus caderas seguían apoyadas en la almohada y ni siquiera se despertó con el sonido.

Cogí el teléfono y vi el nombre de mi hermano. Me levanté de la cama y salí al pasillo. Me daba igual estar desnudo. Si Ellie estuviera realmente embarazada, necesitaba todo el descanso posible. ¿Estaba loco por pensar así? Claro que sí. No me importaba, porque yo la cuidaría, costara lo que costara.

Mi polla se volvió a agitar.

—¿Sí? —dije una vez que contesté, caminando por la alfombra.

—Lance Mann ha fallecido —dijo Colt.

Me quedé paralizado, olvidándome por completo de tener otra ronda con Ellie.

—¿Qué cojones dices?

—Se cayó por las escaleras.

Que se cayó por las…

—¿Hablas en serio?

—Sí. Está muerto.

—¿Crees que se tropezó?

—Probablemente con el pie de Conrad Trout.

—Joder.

—¿Lo has vuelto a arrestar?

Pensar en los planes originales de ese cabrón para Ellie, en que iba a deshacerse de personas que se interpusieran en el camino de las tierras de Mann y él, me hizo querer ir a cazarlo.

—No. Hemos recopilado pruebas, pero hasta ahora, no hay nada que indique que él estuvo en la escena del crimen. De hecho, Trout tiene una coartada.

Vaya, menuda mierda.

—¿Es buena?

—El informe inicial dice que la hora de la muerte fue ayer por la mañana. Trout estaba en Sip N' Serv, tomando café con un grupo de amigos. Mabel lo ha confirmado.

Ella era la propietaria y atendía el local desde que yo tenía uso de razón. Tenía entre cincuenta y ochenta años, y no había envejecido desde que yo era niño. Si ella decía que él estuvo allí, estuvo allí.

—Entonces, ¿por qué crees que ha sido él? Que esto es un asesinato. —Me pasé la mano por el pelo, pues… joder. El tipo era un imbécil, pero ¿que planeara un asesinato?

—Sí. Si no lo ha empujado él, no significa que no haya hecho que otra persona lo hiciera —añadió Colt.

—Sí.

Se quedó callado, lo cual era mucho.

—No crees que lo haya hecho él, ¿verdad? —le presioné. Conocía bien a mi hermano y, si pensaba que Trout había matado a Mann, estaría yendo a por él.

—No —admitió, lo cual no me hizo sentir mejor—. Sería demasiado tonto si matase a Mann ahora, después del altercado de la semana pasada.

Tenía razón. Trout era un imbécil, pero no era tonto. Lo último que quería era pasarse el resto de su vida en la cárcel.

—Tu mujer es ahora la única dueña del Rancho Rocking M.

Tenía suficiente dinero para cuidar de ella y de nuestros hijos, gracias a mis más de diez años de ganancias en rodeos. También tenía esta casa, perfecta para la prole que engendraría con ella. No necesitábamos las tierras de Mann ni el dinero que viniera de allí. Parecía dinero sucio.

—¿Entonces Ellie corre peligro?

—Sin duda. Porque si no fue Trout… —dijo, dejando la frase en el aire.

¿Había más? Me froté la nuca y miré hacia la puerta del dormitorio, donde mi mujer estaba a salvo y era toda mía.

—¿Qué? ¡Joder, dímelo!

—Si Trout no mató a Mann, entonces hay un maldito asesino suelto en Foso del Diablo.

CONTENIDO EXTRA



¿Adivina qué? Tengo contenido extra para ti. Así que regístrate en mi lista de correo electrónico. Habrá contenido extra especial, solo para mis suscriptores. Registrarte te permitirá saber sobre mi próxima publicación tan pronto como esté disponible (y recibes un libro gratis… ¡uau!)

Como siempre… ¡gracias por amar mis libros y las montadas salvajes!

http://vanessavaleauthor.com/lista/

¡RECIBE UN LIBRO GRATIS!

Únete a mi lista de correo electrónico para ser el primero en saber de las nuevas publicaciones, libros gratis, precios especiales y otros premios de la autora.

http://vanessavaleauthor.com/v/ed



TODOS LOS LIBROS DE VANESSA VALE EN ESPAÑOL

https://vanessavaleauthor.com/book-categories/espanol/

ACERCA DE LA AUTORA

La exitosa *bestseller* Vanessa Vale escribe romance seductor de chicos malos implacables que se enamoran con todo su corazón. Ha vendido más de un millón de ejemplares. Vive en el oeste de los Estados Unidos y allí siempre se inspira para escribir su próxima novela. No será tan buena con las redes sociales como sus hijos, pero le encanta interactuar con los lectores.

https://vanessavaleauthor.com

